La Ilustracion Artística

AÑO XI — BARCELONA 1.° DE FEBRERO DE 1892 — NÚM. 527

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ALBORES DE LA VIDA, dibujo original de Jorge Buchner

SUMARIO

LOS FALSIFICADORES DE ANTAÑO

Que no es oro todo lo que reluce en las obras de los alquimistas, pronto se echa de ver leyendo aquellas peregrinas recetas, que por igual los muy notables y los poco nombrados daban á cada punto, y no para transmutar en oro todo linaje de piedras y metales, sino para imitarlo, y la habilidad de algunos creía llegar hasta hacer de modo que ni los mismos artífices que habían de trabajarlo conociesen el fraude.

Al lado de las más peregrinas invenciones, junto á aquellos procedimientos que reconocemos base de la metalurgia y primer esbozo del tratamiento racional de los minerales, mezcladas con teorías muy admisibles, que son á modo de preludio de las nuevas ideas, encuéntranse las más raras extravagancias erigidas en sistema científico, preconizados los más absurdos métodos y sostenidas con verdadera tenacidad las más extrañas ideas acerca de la conversión de los metales en oro. Y de la propia suerte, junto al alquimista sabio, que es el verdadero químico de aquellos tiempos, trabajador incansable, experimentador habilísimo, escrutador desinteresado de los arcanos de la Naturaleza, y cuyo esfuerzo inventa los métodos de lavar las arenas auríferas, la explotación del plomo y de la plata, el bronce, el latón y muchas otras utilísimas aleaciones metálicas, aparecen dos tipos curiosos. Ambos poseen cierta instrucción científica, son iniciados en los raros secretos del arte maravilloso, tienen entrada franca al cerrado palacio del rey, conforme decían de los investigadores de la piedra filosofal; pero uno explotando la ignorancia se finge brujo, nigromante y agorero, cura enfermedades, prepara filtros, traza horóscopos, vaticina sin ton ni son, predice catástrofes y con pompa inusitada anuncia, cercano el año mil de la era, las señales que han de preceder al fin del mundo; es el antropoide del charlatán moderno: es el otro más positivo y cauto; pretendiendo copiar é imitar la maravillosa obra de la Naturaleza, falsifica á diestro y siniestro, y si primero son hermosos vidrios que imitan piedras preciosas y oro bajo que en hojas se aplica sobre los metales y sobre la madera, serán más tarde groseras piedras toscamente coloridas y mezclas absurdas que sólo de oro tienen el nombre. No les van en zaga á los falsificadores de hogaño, aunque los de antaño fundaban su arte en doctrinas científicas antiquísimas, de cuyos principios se originaron aquellas artes de colorir vidrios y hacer lucir en la obscuridad el carbunclo, ó la no menos peregrina operación en cuya virtud la esmeralda adquiría la propiedad de ennegrecerse á la proximidad de los venenos denunciando su existencia.

La falsificación de las piedras preciosas no fué en realidad un fraude. Se pensaba que estos cuerpos habíanse producido en el seno de la tierra, concurriendo tal número de causas que las hacían indestructibles é inalterables. Si alguna de aquellas condiciones faltaba ó se modificaba, entonces la piedra preciosa no dejaba de producirse; pero siendo la labor menos fina, el producto era más tosco y podía de alguna manera alterarse. La esmeralda hallábase enteramente comprendida en el caso: conocían la verdadera; pero llamaban esmeralda á los cuerpos naturales que se le parecían en el color y en la forma, y así fué para los alquimistas la malaquita ó carbonato de cobre la falsa esmeralda natural. No podían reproducir la verdadera y la imitaban haciendo la falsa esmeralda artificial, que era un vidrio con tan raro primor colorido que hasta no ha mucho creíanse verdaderas esmeraldas talladas los escasos ejemplares de esta substancia. Fué, pues, creencia muy admitida y verdad declarada que la propia Naturaleza falsificaba sus obras, y así no es de extrañar que los alquimistas poco escrupulosos, creyendo haber sorprendido esta especie de trampa ó fraude de las más bellas y peregrinas piedras, se metiesen á falsificadores, y no contentos fabricando y mal tallando vidrios, diesen en la flor de imitar y falsificar el oro, en todos tiempos tan codiciado y buscado. De suerte que para bastantes de aquellos que á sí mismos llamábanse aptos escrutadores del arte, la transmutación de los metales en oro no fué sueño, sino verdadera realidad, como ahora se saben convertir los productos obtenidos al destilar la hulla en muchas de las cosas que recrean el paladar más delicado, que no distingue en el queso Roquefort el éter caprílico con que se falsifica; cree regalarse con una compota de aromáticas peras y el aroma es de acetato de óxido de amilo; el éter butírico sirve para dar olor y sabor de piña al sorbete que no la contiene, y el vino viejo de Borgoña puede parecerlo siendo joven, gracias á éteres añadidos.

Las falsificaciones de antaño pueden dividirse en dos grupos: inconscientes y conscientes. Hubo gentes de buena fe, hombres de ciencia desinteresados que ó bien creyeron haber dado con el oro, ó bien pensaron que lograran sorprender una de aquellas trampas naturales – llamémoslas así – de la categoría de la originaria de la falsa esmeralda natural. Véase un ejemplo. Sabían que el oro fino y el mercurio se unen en una amalgama, de la que el calor elimina el mercurio, y de aquí dedujeron que sucediendo á todos los metales la misma cosa, cada uno tenía su mercurio particular, el cual mercurio teñido de amarillo con azufre debía dejar oro. Formada la amalgama de estaño, añadido el correspondiente azufre, más sublimado corrosivo y orina ó sal de ella extraída y calentado todo á buen fuego en vasija de vidrio, recogían después de frío el aparato una gruesa capa formada de brillantes y doradas escamas, á las cuales – decían – faltábales sólo para ser oro la consistencia de aquel metal y su absoluta inalterabilidad por el calor, y así llamaron á aquel sulfuro de estaño oro musivo y oro pimente al sulfuro de arsénico. Eran oros imperfectos, como lo fueron los auricalcos ó latones y muchos otros cuerpos. Para esta clase de alquimistas era lo esencial obtener oro sin oro, mediante puras metamorfosis ó transmutaciones; de suerte que no eran falsificadores en la verdadera acepción de la palabra, sino investigadores que no especulaban con sus errores, ni hacían daño alguno con sus teorías; antes al contrario, ellos fueron los verdaderos fundadores de la metalurgia y beneficio de los minerales. Así dice una de las más antiguas recetas de la clase en que me ocupo: «Toma cobre, arsénico (oro pimente), azufre y plomo, tritura la mezcla con aceite de rábano; se la tuesta sobre carbones hasta la desulfuración y se retira. Se toma de este cobre quemado una parte y tres partes de oro; se ponen en un crisol, se calienta y encontraréis el todo convertido en oro, con la ayuda de Dios.» Aquí se trata de una aleación de cobre y oro, obtenida de manera indirecta, y es el tipo de este género de transmutaciones que recibieron aplicaciones para el dorado de los metales y para las letras de oro, tan usadas en los manuscritos antiguos

Al lado de estas gentes de buena fe y quizás aprovechando sus métodos y enseñanzas, se cuentan los falsificadores de oficio, habilísimos, dotados de tan raro ingenio que á muchos objetos lograron dar magnífica apariencia de oro. Vamos á juzgar sus procedimientos examinando algunas de las recetas que hasta nosotros llegaron. Primeramente aparece un método calificado y reputado punto menos que de sublime, cuyo objeto era desdoblar el oro ó la plata, duplicando ó aumentando su peso. Inquiriendo de este fraude se dió con una teoría, ya desarrollada en Egipto, que admitía, de mala fe por supuesto y con ánimo de engañar incautos, que la plata y el oro, mediante ciertas operaciones, muy complicadas y sólo conocidas de los iniciados, podían como fermentar multiplicándose los metales, en virtud de la *diplosis* que así llamaban á este trabajo. En el más antiguo documento referente á la Alquimia que hoy conocemos, el famoso papiro de Leyden, dado á conocer por el eximio Berthelot, se leen diversas recetas relativas á la masa inagotable ó perpetua, y algunas apuntaré aquí: «Se toma cobre afinado, 40 dracmas; asem, ocho dracmas; estaño en botón 40 dracmas: se funde primero el cobre y después de dos caldas el estaño y luego el asem. Cuando los dos se hayan reblandecido, volved á fundir muchas veces y enfriad con la amalgama de estaño. Después de haber aumentado el metal por tales procedimientos, limpiad con talco ó selenita.» Resultaba, es claro, un bronce blanco amalgamado, parecido á alguna suerte de metal de campanas; pero constituía la operación un método general de desdoblamiento de los metales, en cuya virtud se duplicaban. Esa aleación era la base de la materia inagotable, porque elegidas ocho dracmas separadas y fundidas cuatro veces con cuatro dracmas del mismo asem, enfriado todo y conservado, era la famosísima masa perpetua de los más antiguos alquimistas.» A las recetas dichas puede añadirse esta otra: «El asem perpetuo se prepara así: una estatera de asem pulimentado; añadid dos estateras de cobre afinado; fundid dos ó tres veces» Se comprende que todos estos procedimientos consistían en añadir á una aleación alguno de los metales que en ella entraban, fundiendo el todo dos ó tres veces y enfriándolo con ciertas precauciones, que para cada uno se prescriben minuciosamente. La diplosis del oro reducíase á una de las más inocentes falsificaciones, puesto que á la continua se le añadía cobre, obteniéndose una aleación de baja ley. Así decían que para aumentar el peso del oro debía fundirse en los residuos del cadmio, asegurando que se haría más pesado y más duro. Otra receta pondré aquí por referirse á uno de los compuestos más célebres de la Alquimia; se trata del *agua divina*, cuya invención es de la manera siguiente: «Un puñado de cal y otro tanto de azufre en polvo fino; colocadlos en un vaso que contenga vinagre fuerte ú orina de niño impúber; calentad por debajo hasta que el líquido que sobrenade parezca como sangre, decantadlo con cuidado á fin de separarlo del depósito y empleadlo»

Estos fraudes eran de los más tolerables; pero hay otros en que los falsificadores daban por oro cuerpos que ni aun para colorirlos lo tenían, y con tal audacia se hacía la trampa que pretendían engañar á los mismos obreros que habían de trabajar el metal. No hablo de la escritura con letras doradas, ni de las artes del dorado de la plata y coloraciones ó tinturas superficiales de los metales, y paso por alto las curiosas recetas del pseudo Demócrito y sus famosas declaraciones acerca de las operaciones sublimes de la transmutación, porque no tienen aquí objeto; sólo citaré el método de fabricar oro amarillo, y es de esta manera: «Tomad claudianón (aleación de plomo y estaño que contenía cinc y cobre) y tratadla según es uso hasta que se vuelva amarilla. Tiñamos de amarillo, no digo con la piedra, sino con su porción útil. Teñiréis de amarillo con el alumbre descompuesto, con el azufre, el arsénico, el sandáraco ó la creta, ó conforme á vuestro ingenio. Si añadís plata tendréis oro; y si oro, coral de oro, porque la Naturaleza victoriosa domina á la Naturaleza.» Y sucedía una cosa muy curiosa con estos métodos y fraudes, y es: que en fuerza de repetirlos, primero haciendo oro de baja ley y después aleaciones metálicas, que ni por casualidad tenían oro, los mismos falsificadores creíanse en buen camino para resolver el problema de las transmutaciones y á las gentes sencillas lograban embaucarlas.

No de otro modo proceden hogaño los falsificadores; que, como se ve, el arte es antiguo, y aunque sujeto á quebrantos y duelos, fué siempre lucrativo. Del fraude provienen los métodos de descubrirlo y los reconocimientos á que el oro y las piedras preciosas y los alimentos se someten. Antaño era difícil en extremo descubrir la trampa y el engaño; mas ahora, si es dable fabricar pasteles con harina que no es harina, azúcar que no es azúcar y grasa que no es grasa, pronto se descubre en ellos la harina mineral y fósil, la sacarina y la vaselina, haciendo ya el fraude de todo punto imposible. De igual manera se comprueba la ley del oro, y aunque sin este metal se doran las molduras ordinarias, el descubrirlo es cosa de poca monta.

De cuanto va dicho resulta que el arte de falsificar es antiquísimo, y que desde sus comienzos fué patrimonio de gentes avisadas é ingeniosas que se valen de todo género de sutilezas para hacer pasar el engaño, y que al igual de los que ejercen oficio de tercería habían menester veedores y examinadores.

José Rodríguez Mourelo



UN PRONÓSTICO

En la siguiente narración se trata de hacer un pronóstico del curso de los acontecimientos preliminares é incidentales de la gran guerra que en opinión de las más reconocidas autoridades en la milicia y en la política estallará probablemente en 1892.

Los autores de este trabajo, que pasan por entendidos en la política internacional y la estrategia, suponen para el conflicto el origen más verosímil y describen las campañas y actos políticos que en su concepto deben esperarse como más probables.

De este modo darán á su obra el carácter de verosimilitud y actualidad de la verdadera guerra.

NOTICIAS EXTRAORDINARIAS DE LA EUROPA ORIENTAL

TENTATIVA DE ASESINATO

CONTRA EL PRINCIPE FERNANDO DE BULGARIA

DESCUBRIMIENTO Y EJECUCIÓN DE LOS ASESINOS

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Filipópolis, 3 abril.

Debo anunciar un doloroso acontecimiento, del que fuí testigo ayer y que sin duda tendrá las más terribles consecuencias para la Europa oriental; si no para toda ella. El príncipe Fernando de Bulgaria había estado estos últimos días en las montañas de Rhodope cazando osos, y acompañábale el popular cónsul británico, cuya firma era necesaria en algunos documentos de que soy portador. Regresó anoche para conferenciar con M. Stambuloff y los demás ministros, que llegaban de Sofía en tren especial á fin de celebrar un importante Consejo en que se debía dar cuenta de ciertos informes recibidos por el presidente del Gabinete, referentes á los designios de los agentes moscovitas en Macedonia.

M. STAMBULOFF
presidente del Consejo de ministros de Bulgaria, nombrado regente después de la tentativa de asesinato del príncipe Fernando

Yo había permanecido algún tiempo sentado frente á la casa del consulado británico inmediato al palacio, y ya comenzaba á obscurecer cuando oí ruido y voces, apareciendo á poco un turco, sin duda alguno de los miles que sirven al príncipe, el cual gritaba á la gente: «¡Despejad, despejad!» Esto anunciaba la llegada de Su Alteza, y seguidamente se formó un pequeño grupo á la orilla del camino, según costumbre, para saludar al príncipe. De pronto me llamó la atención un montenegrino á quien yo había visto aquella misma tarde bebiendo con los porteros de varios consulados, de los cuales parecía ser conocido.

Al apearse el príncipe, volvióse hacia el lacayo para darle su capote, con cual movimiento se colocó casi de espaldas al grupo, y en el mismo instante el montenegrino pronunció en voz baja la palabra «gel,» que significa «vamos,» haciendo ademán como para separarse de la gente allí reunida. Pero á esta señal, pues indudablemente lo era, el supuesto turco se arrojó sobre Su Alteza, y antes de que nadie tuviera tiempo de mover pie ni mano para detenerle, viósele entre los pies de los caballos y después correr con la rapidez del viento. El príncipe había caído de bruces, y al levantarle del suelo observóse que le salía sangre de la boca y de la nariz, viéndose después que tenía clavado en el pecho un gran cuchillo de hoja triangular, como las bayonetas, que es el arma más común en los bazares. Todo esto ocurrió en un instante, y nadie dudó que el príncipe había recibido el golpe de muerte. Como anoche era sábado, y hubiera sido inútil telegrafiar, puesto que en tal día no se da curso á los telegramas, hoy puedo añadir que hay esperanzas, aunque muy ligeras, de salvar al príncipe, á quien se condujo á la primera habitación del palacio.

Media hora después llegaron los ministros con la excitación que era natural, y entre ellos vióse á M. Stambuloff, cuyo ceño fruncido parecía indicar que había adoptado alguna grave resolución. No se les permitió entrar en la estancia donde se hallaba el joven soberano, porque los médicos, llegados aun antes de que se les llamara, ocupábanse en contener la hemorragia de sangre que á cada momento amenazaba ser fatal. Por fortuna consiguieron reducirla y cesó poco á poco, aunque durante la noche el herido no dió apenas señales de vida, ni siquiera perceptibles para el sabio doctor Stekoulis, que se hallaba aquí casualmente.

Antes de la llegada de los ministros, el prefecto de la ciudad había llamado á las tropas para establecer un cordón alrededor de Filipópolis, con orden de no dejar salir á nadie bajo ningún pretexto. Entretanto, el presidente del Consejo, después de una breve conferencia con dos de sus colegas, expidió telegramas urgentes á todas las autoridades en veinte millas á la redonda para detener á cuantos infundiesen sospechas y á todos los extranjeros que pasaran por uno ú otro camino de los diversos distritos durante el día ó la noche: también se dió orden para suspender el servicio de trenes en ambas direcciones. Hecho esto, el Gabinete celebró una sesión que duró hasta las diez, llamándose á todos los testigos, incluso yo mismo, como espectador de la tentativa de asesinato. Apenas había dado principio el Consejo cuando se introdujo á un hombre que no me era desconocido, aunque se había desfigurado un poco, afeitándose la barba; sus ojos grises y cierto temblor de los párpados, que me habían llamado la atención la primera vez que le vi, permitiéronme reconocer al miserable asesino. Miró á todos descaradamente, pero al verme á mí bajó los ojos.

A media noche presintió que todo había concluído para él, y encerróse en el más tenaz silencio, después de haber dicho que era un pobre horticultor de Mastanli que había ido á buscar trabajo. Esto resultó ser verdad. Confesó también que conocía á un montenegrino, aunque sólo por haberle visto en un café; pero negó haber estado cerca del palacio durante la noche. Cuando se le preguntó por qué se había afeitado la barba, no quiso contestar.

A las cuatro de la madrugada se me despertó para ver á otro hombre detenido en el camino de Stanimaka, suponiéndose que buscaba refugio en uno de los monasterios que por allí hay. No pude identificarle; pero esta mañana me le presentaron otra vez en traje de montenegrino, y entonces, aunque se había cortado el bigote, no me costó mucho reconocer al hombre que pronunció la palabra «gel» un momento antes de la comisión del crimen.

Esta mañana, en conformidad con el acuerdo del Consejo de ministros, M. Stambuloff ha sido proclamado único regente durante la enfermedad del príncipe y hasta nueva orden. Su primer acto fué ordenar la movilización del principado y parte de la milicia ciudadana. Ha dado una proclama declarando que en este momento de peligro nacional ha consentido en aceptar la regencia y que se compromete á mantener el espíritu de la Constitución; decreta la ley marcial y llama á todos los buenos búlgaros que en algo aprecien la autonomía y bienestar de su país para que presten su cooperación al Gobierno ejecutivo por cuantos medios estén á su alcance. Su segunda medida fué ordenar que se reuniese el Consejo de guerra para juzgar á los acusados. Se me dispensó de mi declaración por haber ya suficientes pruebas, y á las cinco de esta tarde los dos miserables fueron ahorcados frente al café que frecuentaban en la calle que conduce á la estación del camino de hierro. El montenegrino se vanaglorió de su acto en el último instante, declarando que el cuchillo estaba envenenado. El supuesto turco hizo la señal de la cruz antes de morir.

Tengo motivos para creer que el Gabinete ha recibido las más graves noticias de Macedonia y que se enviarán tropas á la frontera desde luego, tal vez mañana mismo. La tentativa de asesinato parece ser



La gran guerra de 1892. – Tentativa de asesinato contra el príncipe Fernando de Bulgaria

solamente parte de una vasta conspiración contra la seguridad de Bulgaria y la paz de los Balkanes.

No puedo ahora decir más, pero añadiré que los que atentan contra la seguridad de Bulgaria no la han encontrado desprevenida.

***

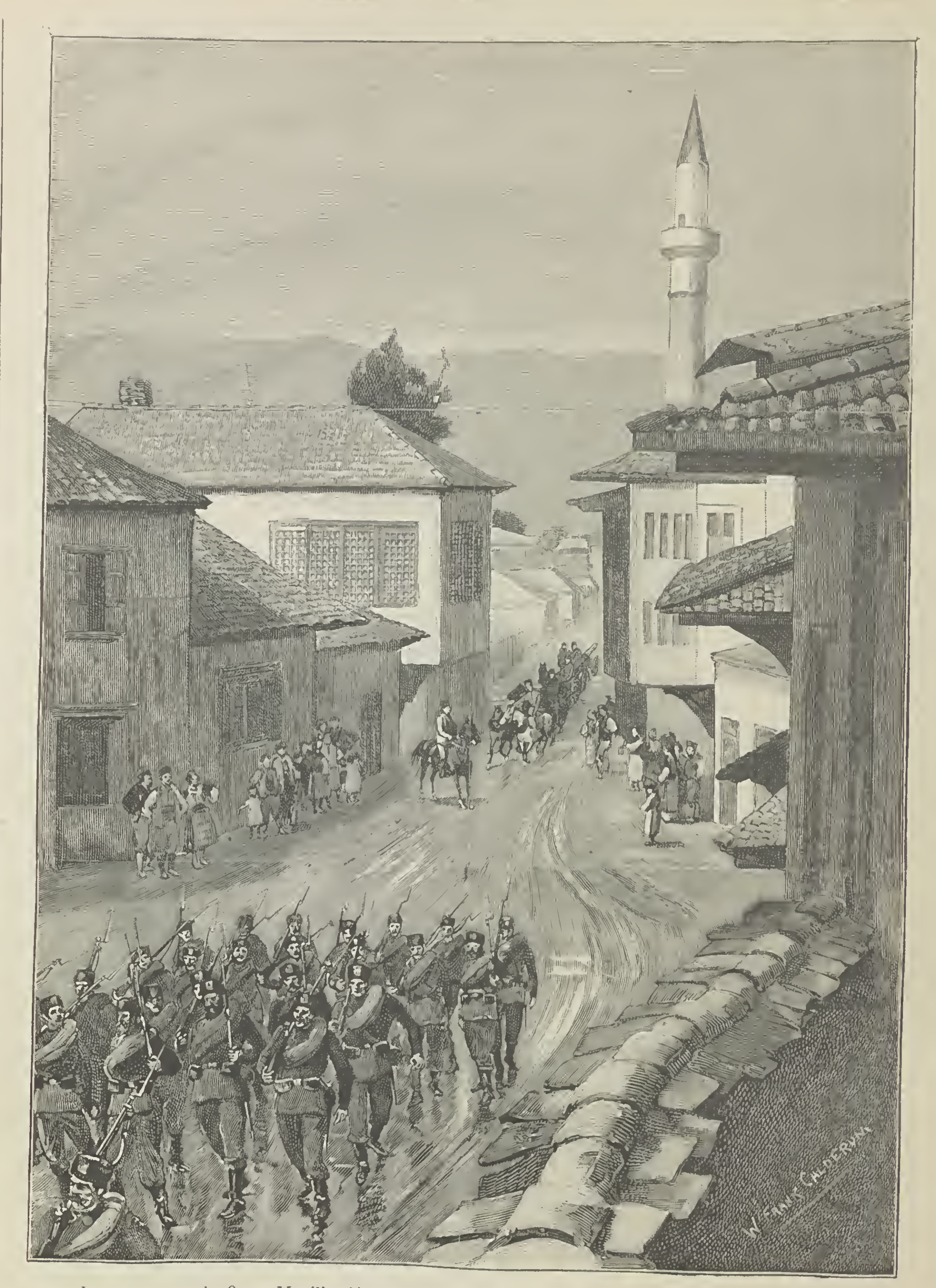
No es posible calcular la grave significación de esta tentativa de asesinato en Filipópolis, que á juzgar por los telegramas de nuestro corresponsal parece ser precursora de muy graves complicaciones en el Oriente. Sin embargo, como ya se comprenderá, aún no se puede apreciar su influencia en la política general de Europa; pero tenemos motivo para decir que la paz de esta última podría peligrar por el dramático incidente de que hemos dado cuenta. Durante largo tiempo nos hemos familiarizado con la idea de que la gran guerra, temida constantemente desde hace algunos años y que debe restablecer el equilibrio del continente, estallará sin duda en la región del Danubio más bien que en las orillas del Rhin; y el incidente de Filipópolis podría apresurar la catástrofe. La situación es en extremo peligrosa, y debe esperarse que las potencias harán los mayores esfuerzos para que no se presente lucha alguna durante lo que resta de siglo, aplazándose cuanto sea posible. Desde que el tratado de Berlín evitó las últimas serias perturbaciones en Europa, hemos tenido paz, y ésta es verdadera, pero hállase amenazada de continuo y exige serias meditaciones por parte de los hombres de Estado. Europa ha vivido como si dijéramos en campamentos armados, neutrales y vigilantes, y entretanto las naciones se han preparado para la guerra como si ya la tuviesen á sus puertas.

Repetimos con la más firme convicción, basada en el estudio de las cuestiones políticas de las naciones, que en el Danubio y no en el Rhin se encenderá la antorcha de la guerra. Al pesimista, ya que no al observador despreocupado, le parecerá sin duda que nos aproximamos cada vez más al conflicto general, y lo cierto es que nunca circularon con tanta insistencia los rumores de guerra. No ha pasado día sin que recibiéramos noticias alarmantes y perturbadoras respecto á la estabilidad de la paz europea. Una semana tras otra los especuladores judíos de las Bolsas de toda la cristiandad han perdido muchas horas de sueño, y lo que es peor, sus dividendos, por haber recibido telegramas sobre la secreta concentración de tropas en esta ó en aquella frontera ó respecto á serios motines en tal ó cual país. El tratado del Mar Negro perderá ahora forzosamente todas sus cláusulas referentes á los Dardanelos, y otra vez será violado quizás el de Berlín por la punta de la espada del czar. Los rumanos reciben un día al despertar la noticia de que los rusos comienzan á cercarlos por tres partes, y los lectores de diarios se horrorizan al reconocer el espíritu rapaz que algunos dignifican con el título de «principio de nacionalidad,» mientras que otros le denuncian como «despojo criminal de territorio» que amenaza turbar la paz en Atenas y Sofía, en San Petersburgo, Belgrado, Viena, París y hasta Roma. ¿Dónde está la sabiduría de los hombres de alta posición, como el emperador de Alemania y su nuevo canciller, que aseguran al mundo en sus discursos desde el trono y en los que se pronuncian después de los banquetes que la paz de Europa no estuvo jamás mejor consolidada que ahora y que el horizonte político no presenta la más ligera nube? ¿Cuál es la verdad de tales afirmaciones, cuando la espina de la Alsacia-Lorena está clavada aún en el corazón de los vengativos franceses que no perdonan; cuando Italia tiene todavía algún territorio «sin redimir;» cuando Dinamarca tiene aún graves quejas contra el despojador; cuando hasta los pacíficos suecos, animados del espíritu del Gran Gustavo, desean libertar á sus primitivos súbditos del tiránico dominio de los rusos; cuando los españoles se aprovecharían gustosos de toda complicación europea para hacerse dueños otra vez de Gibraltar; cuando los portugueses no vacilarían en expulsar á sus rivales británicos de Africa; cuando los cretenses están firmemente resueltos á sacudir el yugo de los turcos; cuando los ex ministros, como M. Tricoupis, recorren la península de los Balkanes predicando la federación de éstos contra los que abogan por las nacionalidades desunidas; cuando los servios juran secretamente arreglar antiguas diferencias con sus vencedores búlgaros; cuando éstos, con su primer ministro á la cabeza más bien que con el príncipe, han determinado declararse independientes del sultán y del czar; cuando Austria sigue fijando su mirada en dirección á Salónica, y sobre todo, cuando el Coloso del Norte ha jurado por el alma de su padre, muerto á manos de unos asesinos, que se mantendrá fiel á su política, conservando su autoridad y prestigio en la península de los Balkanes? Cuando se reflexiona sobre todas estas cosas y esas dormidas pasiones, y se toman en consideración proyectos agresivos y de venganza, ¿cómo es posi[ble] que nadie, bien sea soberano ó súbdito, logre tr[an]quilizar al mundo con falsas seguridades de una [paz] que más pronto ó más tarde ha de romperse?

La Triple Alianza no bastará ya para llevar terror á las almas de todos los conspiradores se[cre]tos y retraerlos de sus designios, así como no bas[ta]rían tres árboles de la montaña, muy espaciad[os] para contener el curso de una serie de avalanc[has] separadas, que arrastran consigo pinos y robles su irresistible carrera. Pero ¿habrá comenzado á mo[]verse ya la avalancha que nosotros tememos? Con[]fiamos que no, al menos por ahora; pero en el Orien[]te se manifiestan indicios de aspecto muy alarmante, y esperaremos con la mayor ansiedad la llegada de otros telegramas. La Triple Alianza no es una barrera que pueda contener el torrente de la guerra, sino más bien una fortaleza avanzada, que se halla en peligro de quedar cercada y hasta sumergida por las impetuosas aguas de la lucha europea. Aunque las partes contratantes en ese pacto de tres ángulos han convenido en poner mutuamente á su disposición su material de incendios, por decirlo así, en el caso de que amenazara un peligro de incendio exterior para sus respectivos domicilios, no estaría al alcance de esas potencias impedir una conflagración por un accidente cualquiera entre las raquíticas mansiones de tejado de paja de sus vecinos. Y es cosa bien sabida, tratándose de incendios, que éstos son el recurso más común empleado por los ladrones y anarquistas cuando se proponen saquear é introducir el desorden, no solamente en las personas y propiedades de las víctimas, sino también entre los espectadores de tales catástrofes.

Supongamos, por ejemplo, que á consecuencia de este alarmante hecho en Filipópolis se siguieran las hostilidades entre Rusia y Austria, siendo agresora la primera. En este caso, Alemania, en virtud de su tratado con la monarquía de Habsburgo, debería salir al campo casi inmediatamente; y en tal contingencia, ¿no hay grave peligro de que Francia, aprovechando la dorada oportunidad que hace tanto tiempo anhela, movilizara desde luego su ejército para enviar la mayor parte de él á las orillas del Rhin? ¿Y no es cierto que el resultado inmediato de semejante acto vengativo sería que Italia, fiel igualmente á su tratado con Alemania, atacaría cuanto antes por el flanco á la República?

No está bien predecir males; pero al mismo tiempo, bueno es prever con claridad el porvenir en cuanto sea posible. Conocemos con bastante seguridad la verdadera naturaleza de los sentimientos con que miran á los búlgaros sus «libertadores,» así como no ignoramos el carácter de aquellos que afectan ser «amigos» del sultán, y que con el privilegio de la más íntima amistad se apropiaron repetidas veces porciones de sus dominios disgregados. No necesitamos recordar á nuestros lectores el resentimiento que aún se conserva en el pecho de los rumanos por la manera con que se «recompensaron» los servicios prestados en el reducto de Gravitza y en otras partes durante la guerra contra los turcos, y adviértase que ese resentimiento solamente es comparable con la ira de los rusos cuando reconocieron la insigne locura de su proceder al obligar á Rumania á que aceptara Dobrudja en cambio de Bessarabia, privándose así de un apeadero y de una base estratégica de operaciones al Sud del Danubio, en dirección al gran límite de sus ambiciones, el Cuerno de Oro. Tanto desea Rusia deshacer esta desgraciada negociación como sacudir las intolerables trabas que restringen su libertad de acción en el Mar Negro, cortando las salidas á sus buques de guerra. Rusia no espera más que una ocasión oportuna para conseguir esas dos cosas, lo que considera como su destino (¿no llega todo para el que puede esperar?); y entretanto prosigue su política antiinglesa en el Asia Central con seguro é irresistible paso, estrechando la distancia entre sus fronteras y las de la India, á fin de preparar el camino para poner en práctica su política, impidiendo que las fuerzas de Inglaterra puedan pesar en la balanza si surgiese alguna complicación en el Este de Europa. Los coroneles cosacos han hecho retroceder la bandera inglesa, y de este modo Rusia ha podido inundar nuestras llanuras en la India, enviando sus Calebs y Joshuas para espiar esa otra tierra prometida. Puede ser cierto, y por lo que se sabe del carácter del czar puede ser verdad, que Alejandro III tenga horror á la guerra, en la cual no quiere comprometer á su pueblo; y según nos aseguró el gran maestro de la guerra moderna, el difunto conde Moltke, parece que ha terminado ya el período de los conflictos dinásticos ó luchas resultantes de las pasiones personales y petulancia de los gobernantes, siguiéndose las guerras entre pueblos y naciones. Esto es verdad; pero precisamente aquí se halla el mayor de los peligros, pues un soberano, como lo atestigua el caso del padre del czar, puede ser demasiado débil para reprimir la corriente de la marea popular sin serle posible librarse de la guerra. También se concibe que al Gobierno francés no le sea dado resistir á los clamores de la Cámara para aprovechar la primera oportunidad que se le ofrezca para expulsar á los ingleses de Egipto, deseo que abrigan todos los buenos franceses. En la península de los Balkanes, donde no hay gobernantes, ni influencias bastante poderosas para reprimirlas, es donde las pasiones populares se desarrollan más libremente; y allí es donde fijamos por lo tanto con más ansiedad nuestras miradas para prever las consecuencias del trágico acontecimiento de Filipópolis, que ha producido ya en los países de los Balkanes mucha efervescencia y creciente alarma en toda Europa.



La gran guerra de 1892. – Movilización del ejército búlgaro. – Tropas cruzando las calles de Filipópolis

MOVILIZACIÓN DE LAS TROPAS TURCAS

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Filipópolis, 5 *abril*

El príncipe recobra más fuerza de la que podía espérarse; ha cesado del todo la hemorragia, toma algún alimento y duerme bien; pero aún no se ha permitido á los ministros verle. Hay mucho movimiento de tropas, si bien no se sabe por ahora á qué punto se les destina. M. Stambuloff vuelve á Sofía esta noche, y yo voy también. Ahora se sabe que el sábado se hizo una tentativa para que descarrilara el tren especial de los ministros; pero como la máquina iba muy despacio no se consiguió el objeto. Fatales hubieron podido ser las consecuencias si el Principado hubiera perdido al mismo tiempo el príncipe y el presidente del Consejo. Por fortuna nada han ganado con su tentativa los promovedores; mientras que el espíritu del país es ahora más levantado que nunca, más aún que cuando por intriga del rey Milano, que de ello sufrió las consecuencias, el príncipe Alejandro se vió obligado á abandonar el trono.

Sofía, 6 *abril*

Turquía ha llamado á las primeras fuerzas de los Redifs y envía dos divisiones á Macedonia, además de las tropas que ya están allí formando parte del tercer ejército, que tiene su cuartel general en Monastir. Las fuerzas recientemente organizadas irán por mar á Salónica. Bulgaria envía una división á Kostendil y Dragodan, é infunde muchas sospechas respecto á Servia el hecho de que las otras tropas se escalonaran en el triángulo formado por Slivnitza, Zaribrod y Trn. Por ahora no se retirará fuerza alguna de los distritos de Bourgas, Varna, Shumla, Rustchuck y Siseboli. Se sabe que hay muy buena inteligencia entre la Puerta y Bulgaria, y asegúrase que el segundo ejército, estacionado en Adrianópolis, ha recibido orden de marchar hacia el Este. Es indudable que nuevas tropas turcas marchan hacia Uskub; pero hay dificultad en obtener noticia alguna de allí, porque los alambres funcionan sólo para la diplomacia y la milicia.

(Carta de nuestro corresponsal particular.)

Sofía, 9 *abril*

En los últimos cuatro días han ocurrido muchas cosas, las cuales demuestran que los políticos de los Balkanes, aprovechando el tiempo, mientras en las cancillerías de Europa se susurraba la palabra «paz,» se preparaban cuidadosamente para la primavera, siendo ésta ahora la estación, como en el más memorable capítulo de la historia de David, en que los reyes van á combatir. Desde febrero, hasta Turquía ha llamado á sus reservas, que ascienden á 27.000 hombres, organizando otro ejército de 37.500, procedentes de los depósitos. Esto se ha hecho sin ruido y haciendo ver que otros tantos soldados volvían á sus casas, lo cual no es verdad. La mitad de la Landwehr, en número de 295.000 hombres, ha sido llamada también; pero tengo motivos para creer que esto sólo en parte es cierto. El cuarto ejército, que está en Erzeroum, cuenta ahora con dobles fuerzas; el tercero, en Monastir, es al presente mucho más numeroso que en noviembre; el segundo, en Adrianópolis, ha recibido un refuerzo de dos divisiones, y la gente habla misteriosamente de otra de guardias, que se halla en el bosque de Belgrado, de donde Constantinopla toma el agua que necesita, y que cubre la retirada de los dos fuertes situados en la desembocadura de Euxino, en el Bósforo. Basta consultar los mapas para reconocer la importancia que tiene esta posición. Servia, á quien las potencias impidieron efectuar sus maniobras de otoño en la frontera búlgara, no ha licenciado nunca sus divisiones, que se hallan estacionadas cerca de Negotín, en Ak Palanka, no lejos de Pirot, y en Karanowatz, al Norte de Novi Bazar.

Personas dignas de todo crédito dicen por aquí esta mañana que el bajá turco en Uskub ha mandado ahorcar á tres hombres á quienes se descubrió propalando la noticia de que «Rusia la Libertadora» llegará muy pronto, y que todos los buenos patriotas deben salir al campo para interceptar los destacamentos turcos en general y los convoyes en particular. Las relaciones entre Sofía y Constantinopla no dejan de ser excelentes, por más que no lo digan aquí los diarios. Como ahora sólo se permiten los telegramas cortos, envío esta carta para explicar mejor la situación.

SERVIA DECLARA LA GUERRA

LUCHA EN LA FRONTERA

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Sofía, 10 *abril*

El ministro servio entregó anoche una declaración de guerra, pidiendo sus pasaportes, que se le

entregaron al punto, poniéndose á su disposición una hora después un carruaje para dirigirse á la frontera. Antes de llegar á Zaribrad encontró el camino interceptado á causa de un combate entre la guardia búlgara de la frontera y una fuerza de caballería servia, que fué derrotada. A consecuencia de esto, las tropas búlgaras de Trn y Slivnitza han estado en el camino desde media noche, dirigiéndose hacia Pirot, punto que el príncipe Alejandro tomó al rey Milano á la punta de la bayoneta en 1885, y donde recibió por conducto del conde de Khevenhiller un mensaje en que se le decía que si daba un paso más encontraría á su frente las tropas austriacas. .

Ultima hora, Zaribod

Esta tarde se ha empeñado una acción muy reñida en Sokojewo y Matoja, en la parte servia de la frontera, con una brigada búlgara que avanzaba desde Trn, la cual entró en acción sin descansar después de una marcha de treinta millas. Al cabo de una hora, los servios, que al parecer formaban una división, ó poco menos, retrocedieron en desorden, dejando el terreno cubierto de muertos y heridos; pero no se juzgó oportuno perseguirlos en su huída á causa de la falta de caballería, y también porque el movimiento podía ser simulado para atraernos á una posición preparada en Krupetz, á unas cuatro millas de Pirot. Probablemente no se hará gran cosa antes de que lleguen dos ó tres baterías y otra brigada, que no estarán aquí hasta mañana por la noche. De todos modos, hemos demostrado á los servios que no pueden obtener venganza por lo de 1885, aunque Rusia los apoye, sin que les cueste más caro de lo que piensan. La comunicación internacional por el camino de hierro está interrumpida, como era de esperar.

AUSTRIA OCUPA BELGRADO

SE DECLARA EL ARMISTICIO

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Sofía, 12 *abril*

En la mañana de ayer practicamos un reconocimiento desde Matoja, y como era de esperar, vimos que se había preparado una fuerte posición, protegiendo el camino á Pirot y al río Nischava. En su consecuencia se montaron tres baterías por la tarde, preparándonos para atacar á primera hora de la mañana. La brigada de Sofía, al mando del mayor Marinoff, debía practicar un movimiento de frente, mientras la de Trn iría por la izquierda hasta Radisewatz; pero al amanecer, cuando nos dirigíamos hacia las colinas, los servios enarbolaron la bandera de tregua, anunciándonos por un parlamentario que la noche anterior los austriacos habían cruzado el *Save* hasta Belgrado y el *Danubio* hasta Semendria, que domina el valle de Morava. Cortado así el camino á su capital, donde se había sorprendido al joven rey, los servios pedían una suspensión de hostilidades por cuarenta y ocho horas. Con muchas dudas convínose en un armisticio de seis, y mucho antes de expirar este plazo confirmóse la noticia en nuestra retaguardia; de modo que Bulgaria se veía privada por segunda vez, en el espacio de poco más de cinco años, de obtener una victoria, conservando el enlace de Nisch, que es el punto estratégico de toda esta región. En estas circunstancias no quedaba más remedio sino convenir en el armisticio de dos días, y por lo tanto volví en el tren vacío que condujo otra media brigaba á la frontera.

En la ciudad lloraban y reían: lo primero porque Servia evitaba otra vez el castigo de su injusta agresión, y lo segundo por el chasco que habían sufrido los servios no contando con los austriacos. Un corresponsal de Semlin habla entre otras cosas del asombro que produjo en los servios ver llegar en el tren de ayer tarde, en vez de *viajeros*, media brigada de infantería austriaca con media batería. Media hora después llegó á Belgrado otro tren, y el siguiente vino ocupado por otra media brigada. Los soldados encontraron muy pronto alojamiento por estar vacíos varios cuarteles, y los oficiales se fueron á los hoteles muy holgadamente, cual si estuvieran en una de sus ciudades. Austria ha notificado á Bulgaria, Servia, Turquía y las grandes potencias que en vista de la indigna é injusta agresión de Servia, ha ocupado Semendria y Belgrado «como medida de precaución.» Añade que conservará estos puntos hasta que Europa decida sobre su acción, ó sobre la que puedan exigir las circunstancias para el mantenimiento del *stato quo ante bellum* en la península de los Balkanes.

RUSIA AMENAZA Á RUMANIA

ALARMANTES PREPARATIVOS DE GUERRA

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Rustchuk, 18 *abril*

Esta mañana el rey de Rumania recibió la visita del ministro ruso, quien le dijo que podría ser necesario, á menos que Austria-Hungría se retire desde luego del suelo servio, obtener una garantía material de Bulgaria. El rey Carlos no admitió que esto le concerniese más que en su calidad de vecino; y entonces el diplomático ruso declaró que para la eficaz reducción de una parte de Bulgaria podría ser necesario utilizar el territorio rumano. El rey repuso que si se intentaba esto sin el consentimiento de aquel país se debería oponer resistencia, fuera cual fuese el resultado; y que si encontraba ante él una fuerza demasiado considerable, se retiraría al campamento fortificado de Bucharest, siendo de esperar que de este modo le sería posible á Rumania conservar el suyo hasta que encontrase aliados. El ministro ofreció las mayores seguridades de que el territorio rumano, no solamente quedaría intacto, sino que se aumentaría materialmente. Su Majestad contestó que Rusia no estaba en posición de ofrecer semejantes cosas y que por su parte no aspiraba á dicho aumento. A raíz de esta conferencia recibióse en Bucharest un mensaje privado en el cual se decía que se estaban expidiendo continuas órdenes para embarcar tropas y material en Odessa y Sebastopol en todos los vapores que se hallasen anclados en el puerto, fuese cual fuese su nacionalidad; que las protestas de los cónsules se habían elevado ya al ministro de Estado en San Petersburgo, y que todas las comunicaciones con el exterior estaban interrumpidas, tanto para los cónsules como para los comerciantes y particulares. También estaba paralizado el servicio de trenes de la frontera, y en los caminos, ríos y costas ejercíase la mayor vigilancia. Como el heliógrafo no se había usado nunca sino en una dirección, no se sospechó su existencia; pero esto no importa, puesto que ya ha llenado su objeto. Este



La gran guerra de 1892. – Guerra servio-búlgara. – Tropas cruzando por Pirot

mensaje no admite sino una interpretación, la de que, aun á trueque de violar la ley de las naciones, Rusia intenta, como alguna otra vez, dar el golpe antes de hacer la declaración de guerra. Es indudable, ya que los más de los buques que se hallan en Odessa y Sebastopol no podrían remontar el Danubio, que se trata de un golpe de mano contra Bulgaria ó Turquía. Yo marcho á Varna.

TENTATIVA DE INVASION EN CONSTANTINOPLA POR LAS TROPAS RUSAS

ÉSTAS SON RECHAZADAS EN BOURGAS

(Telegrama de nuestro corresponsal.)

Bourgas, 20 abril

El valor de los torpederos se ha simplificado en las últimas veinticuatro horas. Merced á la excelente inteligencia entre Bulgaria y Turquía, las noticias que ahora envío fueron transmitidas inmediatamente á Constantinopla, y el almirante Woods-Bajá recibió orden de enviar barcos de esa especie para que sirvieran de vigías. Por fortuna, Woods había fijado hace tiempo su atención en los pocos torpederos que Turquía posee á causa de no habérsele proporcionado dinero para la construcción de otros. En su consecuencia, salieron del Bósforo en la mañana del 21, quedando dos en la desembocadura del Euxino, y otros tres se estacionaron aquí, conviniéndose un sistema de señales con las autoridades de Bulgaria, mientras que tres más se dirigieron á Varna con el mismo objeto. Ayer por la mañana se diseminaron, confiándose el plan á Mustafá-Fezi-Bey, que con otros dos tenientes ha servido en la armada británica. Sin embargo, no tenían torpederos cargados ni tiempo para prepararlos. Al amanecer del día siguiente se recibió por telégrafo la noticia de que tres escuadrones, apoyados por dos acorazados rusos, se dirigían á Varna, Bourgas y la Falsa desembocadura del Bósforo. Creíase sin duda fácil desembarcar tropas en la bahía de Kilia y tomar los fuertes en la parte europea, posesionándose al mismo tiempo del bosque de Belgrado. Sin embargo, tropezóse con dos dificultades: la guardia imperial de Turquía, que constituye el tercer ejército, al mando de Reouf-Bajá, estaba muy próxima del punto elegido para el desembarco, y además había comenzado á soplar un viento tan fuerte, que habría sido muy peligroso, por no decir imposible, intentar la empresa. La escuadrilla, por lo tanto, sin contestar á varios tiros que se le dirigieron, hizo rumbo hacia el Este de la costa asiática del Estrecho; mas al ver que la resaca era peor aún hacia Kara Burme y que las alturas estaban coronadas de tropas, los rusos se retiraron.

La otra escuadrilla sufrió análoga contrariedad á la vista de Pera: la resaca hacía muy peligroso un desembarco, y después de naufragar un bote, otro fué destrozado por la bien dirigida bala de un cañón Krupp. Los buques no podían proteger el movimiento con sus fuegos á causa del mar. Solamente uno de los tiros del enemigo causó algún daño. Los moscovitas trabajaron mucho para salvar á varios de sus hombres que habían caído al mar, y recogieron algunos: por un individuo que llegó á tierra súpose que se daba por muy seguro que la tentativa tendría buen resultado. Los rusos se asombraron mucho al ver fuerzas búlgaras en posición y diseminadas por la costa en el espacio de varias millas. Como quiera que sea, la escuadrilla se retiró á eso de las diez de la mañana, tomando la dirección Norte, probablemente para ir á reforzar el ataque sobre Varna.

(Continuará)



D. DIEGO LÓPEZ DE HARO, fundador de Bilbao
Estatua en bronce de D. Mariano Benlliure erigida en aquella ciudad

ROMEO, JULIETA Y COMPAÑIA

(Conclusión)

IV

Ni descarriló el tren, ni chocó, ni llegó con retraso, ni le ocurrió, en fin, ningún percance de los que han llegado á ser el pan nuestro de cada día, y tres meses después de mi llegada á la insigne patria de mi amigo, repitióse la escena con cuyo relato encabecé esta historia, con la única diferencia de que yo fuí el que bajé á la estación á recibir al viajero y Pascual el que llegó tan alegre y satisfecho como de costumbre, y de que, aunque mi cariño igualaba al suyo, como mis fuerzas físicas no corrían parejas con mi afecto, no me fué posible pagarle aquel abrazo estrangulador con que me demostró su júbilo cuando pisé por vez primera su tierra natal.

En el trayecto de la estación á su casa bien debió comprender Pascual por mi taciturnidad y frecuentes distracciones que algo grave había acontecido en su ausencia; pero guardó su curiosidad para más tarde, quizá porque no creyó el momento oportuno, ó porque deseaba que partiese de mí la confidencia sin necesidad de que la provocasen sus preguntas. Por fin, después de cenar y á tiempo que encendía un rico habano, me miró con ojos inquisitoriales y me dijo:

– Mira, chico, yo estoy cansado del viaje y no pienso salir esta noche. Sin embargo, si tú tienes propósito de ir á casa de Cano ó al Casino, por mí no lo dejes.

– ¡Pues no lo he de dejar!, repuse entre efusivo y temeroso. Te haré compañía. Me contarás tus aventuras londinenses...

– Y tú á mí las que te hayan ocurrido en este rincón de España.

– No... á mí...

– A ti. En la cara te conozco que te han pasado cosas muy gordas.

Sonreí forzadamente y pensé en lo triste que era para mí que un amigo hubiese heredado la ciencia de Lavater.

– ¡Vamos, hombre, desembucha! Ya que eres tan zorro que sólo pidiéndotela por favor merezco tu confianza...

– ¡Oh! Eso... demasiado sabes..., interrumpí en son de protesta.

– Que eres un granuja de mala especie. Sí: me consta. Y lo difícil que se te hace esta noche confesarte conmigo, me induce á pensar que has hecho alguna barrabasada muy gorda, y por esa razón temes mi justa cólera. ¿Acierto?

Las últimas frases de Pascual despertaron en mí un pensamiento que parecía imposible no se me ocurriera antes. ¿Qué razón había para que yo experimentase tal temor de confiarle la historia de mis amores? ¿Qué fundamento para que me asaltaran aquellos acuciamientos y zozobras como si hubiera faltado, amando á Pililla, á alguna promesa hecha á mi amigo? Muchas veces se ha dicho que las palabras son como las cerezas, y yo añado que las ideas también, porque unas se enredan en otras. Las anteriores preguntas, formuladas en mi mente, trajéronme el recuerdo de aquel juicio desdeñoso con que Pascual pintó á Pililla la noche antes de su partida, y vi clara la causa de mi indecisión. Sí. Yo, alucinado por mi amor y por las continuas alabanzas que en loor de mi ídolo cantaban á dúo Falito y Matilde, había olvidado aquella pincelada de maestro con que Pascual trazara la fisonomía de mi novia, retratándomela como una coquetuela fácil y de larga historia amorosa; pero al verle de nuevo ante mí, instintivamente adiviné que, cuando conociese mi secreto, la desaprobación más terminante brotaría de sus labios y su lengua formularía el más despiadado anatema. Por lo mismo, era llegado el momento de saber quién tenía razón: si él dibujando á mi amada con el desesperante realismo de un Velázquez, ó la momificada pareja idealizándola con los celestes colores de un Murillo. Mi pasión abogaba por estos últimos; mi buen sentido me anunciaba que vencería el primero. «Sepamos á qué atenermos,» murmuré en mi interior; y firme en tal decision, respondí á la pregunta de Pascual:

– Sí. Aciertas en que tengo mucho que contarte, mas no en que sea ninguna barrabasada digna de vituperio. Si acaso, el víctima seré yo.

– ¿Tú?

– El mismo; porque entre unos y otros, y sobre todos Matilde y Falito, me van arrastrando camino de la Vicaría á marchas dobles.

– ¡Hola! ¿No te dije antes de marcharme que anduvieras con pies de plomo; que mis paisanas tenían mucho gancho, y que como te descuidases en lo más mínimo, alguna te pescaría? ¡Si leo yo en el porvenir con más seguridad que un augur romano! ¿Y quién es tu media naranja, cuyos pies beso?

– Pues... tú la conoces mucho...

– ¡Claro! ¡Como á todas las muchachas de mi pueblo! Pero ¿quién es?...



LOS ZAPATOS NUEVOS, cuadro de Héctor Tito



EN EL CORO, cuadro de D. José Gallegos

– Pilar Mesa, murmuré como el que confiesa un pecado.

No debió parecerle tal á mi confesor, ó concedióle, á lo más, la categoría de venial, porque en lugar de indignarse y fulminar sobre el atribulado penitente todos los rayos de la celeste cólera, prorrumpió en la más sonora y alegre de las carcajadas. Cuando se hubo serenado un poco, pero con el semblante rebosándole zumba y chacota, exclamó:

– ¿Conque eres el novio de Pililla? ¡Que sea enhorabuena! Choca, hijo, choca. ¿Quién había de decir que yo, abogado, y tú, ingeniero, habíamos de llegar á ser compañeros de cátedra? Pues serás el número no sé cuántos de la serie... ¡Qué digo el número! ¡Si quizá haya de recurrir, para denominarte, á esa *ene* socorrida con que vosotros los matemáticos designáis las cantidades desconocidas! *¡Tu quoque*, Bruto! Conste que esta última palabra te la digo en español...

– ¡Pero Pascual!...

– ¿Qué? ¡Te gusta la chica! Sí... es melosita... tiene sal y sandunga...

– Y sobre todo, que lo que tú dices de ella no... no...

– ¿No es verdad?

– No. Falito y Matilde me han asegurado que esa especie de que tú te haces eco es de todo punto falsa.

– ¿De modo que Matilde y Falito han sido los mediadores en este asunto de tu amor?

– Sí.

– Lo sospechaba.

– ¿Por qué?

– Pues por varias razones de las que te voy á poner al corriente. Mas antes, y para que te desengañes de cuán bien fundada está la fama de tu dulce amor, te voy á contar un sucedido. Hubo aquí hace años un coronel de caballería, andaluz, perfecto caballero y cuya conversación y ocurrencias tenían la gracia del mundo. Un barbián de primera. Pues señor, que una noche en el Casino, en el círculo en que estábamos él y yo se hablaba de Pilar, y varios antiguos novios suyos contábamos nuestras aventuras amorosas, en las que siempre salía su nombre á relucir. Al fin, tan larga resultó la lista de los que habían tenido relaciones con ella, que el coronel, interrumpiendo á uno, gritó: «¡Pero hombre, esa chica no es un pilar, sino una pililla de agua bendita en que too el mundo mete los deos!...» Y de ahí le nació el diminutivo con que todo bicho viviente la nombra, sin que ni ella ni sus amigas hayan llegado á percatarse del sentido simbólico que encierra. ¿Qué te parece? ¿Vas cayendo de tu burro?

– Pero ese Falito que jura...

– ¡Pero hombre de Dios!... ¿No te dije antes de separarnos que Falito era un memo, bueno sólo para ser tomado como caballero de compañía. Además...

– ¿Además qué?...

– Que has ido á tropezar en una de sus chifladuras más mortíferas é inaguantables. Le conocías como director de *soirées*, bailes, meriendas, cotillones y excursiones campestres. Le has visto ejercer de langosta poética, acribillándonos á romances, odas y leyendas. Pues admírale ahora en su forma más temible y devastadora: en la de casamentero infatigable. El y Matilde, hijo mío, se han propuesto coadyuvar con todas sus fuerzas al precepto del Génesis haciendo que todos sus amigos y amigas, conocidos y conocidas, se unan en santo yugo. A mí me han abandonado por imposible, pero no sin haberme propuesto lo menos siete ú ocho matrimonios. Y uno de ellos fué con esa misma Pililla que ahora quieren transformar en tu cónyuge.

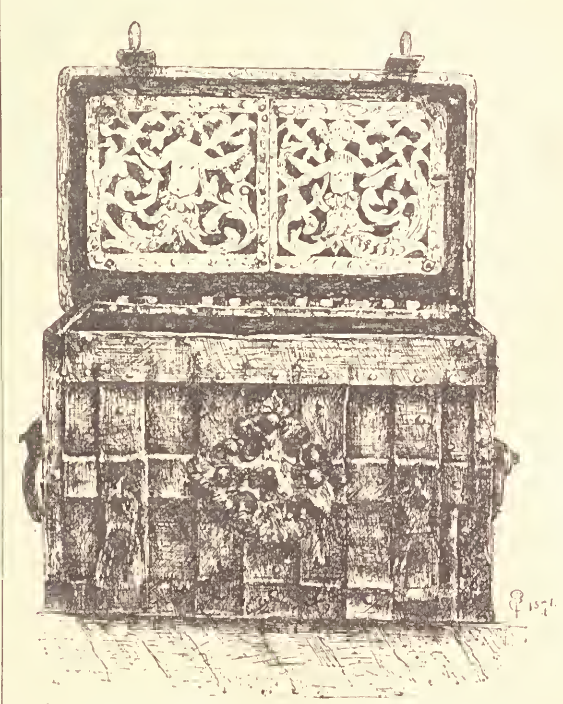
– Me dejas asombrado...

– Pues no te digo más que la verdad. Por fortuna he llegado á tiempo. Créeme, Ignacillo. Estás en ridículo. Esa preciosa cantadora de tangos está borrada de la lista de las muchachas casaderas. Truena con ella, que nadie te acriminará más que Matilde y Falito. Ni aun á ella le hará gran impresión, porque tiene tal costumbre...

Tan seguro estaba yo de la amistad de Pascual y tan claro sonaba el acento de la verdad en sus palabras, que sin vacilar decidí seguir su consejo. Una semana más tarde, aprovechando un fútil pretexto, dejé vacante la plaza, no sin sufrir como castigo un chaparrón de denuestos por parte de Matilde y otro de lamentaciones por la de Falito Quince días después ambos me predicaban que la muchacha á quien yo debía dirigirme era Amparito Cano, asegurándome que me miraba con buenos ojos, que les constaba que yo no le era indiferente y otras noticias por el estilo. Claro está que no hice caso. A más de que la furibunda pianista no me hacía la gracia que Pililla, recordaba mis sospechas sobre las pretensiones de Pascual, y esta consideración la hacía para mí inaccesible. Por último, mis estudios estaban dando fin y comencé á anunciar mi próxima partida, con lo cual el poeta y la soprano cesaron en su asedio.

V

Y quiso la suerte que pocos días antes de levantar yo el vuelo, anunciase su paso y detención por breves horas en la capital aquel coronel que Pascual me había pintado como hombre tan ameno y de trato tan agradable. Tuve, pues, el gusto de conocerle, y aun el de cenar en su compañía, á altas horas de la noche, la víspera de su partida, en el restaurant del Casino. Hablóse allí de sobremesa de todas las cuestiones interesantes ó baladíes, públicas ó secretas que agitaban los ánimos de la capital. Salieron á relucir todas las autoridades con su obligado cortejo de desaciertos, torpezas y trapacerías. Desfilaron todos los chismes corrientes entonces sobre los líos *non sanctos* de una porción de distinguidas señoras y otra de pudibundos caballeros. Analizamos las excelencias y defectos de todas las niñas de la población, aportando cada cual su rico caudal de conocimientos y observaciones. Y de pronto preguntó el coronel:



Reliquia de la armada española *Invencible*. Caja de caudales de uno de los buques, encontrada en Hull (Inglaterra.)

– ¡Hombre! ¿Y Falito y Matilde se casaron?

– Todavía no, respondimos en coro.

– ¿Y qué esperan, qué hacen?

– Dedicarse á casar á los demás.

– ¡Buen oficio!

– Se dice, insinuó Cetito Andújar, que cobran comisión y corretaje...

– ¿Por qué?

– Pues por eso. Por arreglar matrimonios.

– Entonces, dijo Pascual, han formado una sociedad regular colectiva...

– ¡Claro!, interrumpió el coronel. ¡La Sociedad Romeo, Julieta y Compañía!

LUIS CÁNOVAS

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – La Exposición anunciada de las obras de Meissonier que debía verificarse en la Escuela de Bellas Artes de París no se realizará por consecuencia de dificultades surgidas con los herederos.

En cambio, reemplazarán á esa exposición, en marzo próximo, las del paisajista Pelouse, muerto recientemente, y de Ribot, el pintor que puede llamarse español por su estilo.

Teatros. – En el teatro Real de Berlín se ha estrenado la comedia de Moliere *El enfermo imaginario*: esta obra clásica del teatro francés fué recibida con entusiasmo por el público, que se componía principalmente de literatos y del que formaban también parte el emperador y la emperatriz.

– El duque de Sajonia Coburgo Gotha tiene resuelto reunir durante las fiestas del próximo verano en el teatro de la Corte, de Coburgo, á los principales artistas líricos alemanes para que den una serie de representaciones de las obras maestras de Gluck y Wagner.

– En el teatro de la Opera Cómica, de París, se ha estrenado con mediano éxito la opera del maestro Mascagni *Cavalleria rusticana*. En cambio, en Liverpool ha obtenido un éxito verdaderamente extraordinario. Un dato curioso sobre esta ópera: se ha cantado ya en doscientos noventa teatros.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

D. Luis Dabán, teniente general de nuestro ejército: hizo las campañas de Africa, Santo Domingo y Cuba; combatió contra los carlistas, y mandando una brigada en el ejército del Centro, proclamó en los campos de Sagunto á D. Alfonso XII rey de España.

El archiduque Carlos Salvador, hermano de Fernando IV, duque que fué de Toscana y padre político de Doña Blanca, esposa de D. Alfonso de Borbón.

El padre Anderldey, general superior de los jesuítas, suizo de nacimiento: entró á formar parte del Consejo Superior de la Compañía en 1870 y en 1888 sucedió al padre Beckx en la dirección de la Orden.

Ch. L. Muller, pintor de historia, miembro del Instituto francés, nacido en 1815; sus cuadros más notables son *El llamamiento de los condenados*, inspirado en las escenas de la época del terror, y *La entrada de Jesucristo en Jerusalén*.

Montgomery Cunningam Meigs, uno de los más distinguidos generales de los Estados Unidos, cuartel-maestre general de los ejércitos de los Estados del Norte durante la guerra separatista. Nació en 1815.

D. J. Watson, notable pintor inglés, miembro de la *Antigua Sociedad de acuarelistas* y honorario de la de Acuarelistas de Bélgica: era uno de los primeros artistas en el género llamado blanco y negro, fué colaborador de los principales periódicos ilustrados ingleses y gozaba justa fama de estimulador de los artistas jóvenes. Ha muerto á la edad de sesenta años.

Varia. – Se han encontrado en la Biblioteca de la Universidad de Dorpat 600 documentos inéditos muy preciosos para la historia del siglo XVII.

Entre esos documentos se hallan 60 cartas de Gustavo Adolfo y otras 140 de Oxenstiern, relativas al tratado de Westfalia.

– La Compañía Pullmann, de Nueva York, ha construído recientemente un vagón de ferrocarril en extremo original y seguramente el primero en su género. Se trata de una iglesia ambulante encargada por el obispo de Dakota y destinada á evangelizar las poblaciones de las aldeas establecidas cerca de la vía férrea que atraviesa aquel territorio. El interior del vehículo está dividido en dos compartimientos, uno para el servicio personal del obispo y otro para los fieles que, además de una veintena de sillas para éstos, contiene altar, púlpito, pila bautismal, organo, etc.

NUESTROS GRABADOS

Albores de la vida, dibujo de Jorge Buchner. – Efectivamente, luz y vida está rebosando el delicado y precioso dibujo de Buchner, y el embeleso que los encantos de la naturaleza han producido en la joven doncella cuya candidez compite con la inocencia del nene que tiene en sus brazos, es sin duda el mismo que han sentido y sentirán siempre los artistas que en formas diversas han trasladado al papel ó al lienzo las impresiones que el hermoso despertar de la naturaleza produce en su alma.

D. Diego López de Haro, fundador de Bilbao, estatua en bronce de D. Mariano Benlliure. – No hace mucho la invicta villa de Bilbao inauguró el monumento que corona la hermosa estatua del célebre escultor valenciano. Cuanto de ésta pudiéramos decir dícelo ella misma: la firmeza de las líneas, la naturalidad y arrogancia de la actitud, la expresión del semblante, la exactitud de la indumentaria y el sentimiento artístico que en los menores detalles se revela saltan sobradamente á la vista para que nos detengamos á insistir sobre las bellezas de esta obra que aumenta el largo catálogo de las maestras ejecutadas por nuestro joven y renombrado compatriota, de quien son también dos hermosos bajos relieves en bronce que representan á López de Haro entregando el fuero á los bilbaínos y el asalto á la plaza de Algeciras.

El monumento, cuya construcción se debe á un acuerdo del Ayuntamiento de Bilbao, consta de un pedestal de cinco metros de altura, sobre el que se eleva la estatua.

Los zapatos nuevos, cuadro de Héctor Tito. – Modernista de corazón, aunque sin exageraciones; cultivador de varios géneros, con preferencia de los de costumbres, y amante ante todo de la verdad, pero de la verdad bella, tal es el pintor veneciano, autor de *Los zapatos nuevos*. En este cuadro se advierten todas estas cualidades con más un conocimiento perfecto de la técnica del arte, y la gracia é ingenuidad con que el asunto está tratado son prueba clara de que su autor, más que del trascendentalismo que á tantos errores conduce, se preocupa de cautivar con asuntos sencillos, expuestos con naturalidad y ejecutados sin rebuscados efectos.

En el coro, cuadro de D. José Gallegos. – Entusiasta admirador del malogrado Fortuny, ha procurado el Sr. Gallegos seguir las huellas de aquel célebre artista, distinguiéndose por sus producciones de marcado carácter español y por sus preciosos lienzos de asuntos orientales, en los que se manifiesta su fantasía verdaderamente meridional y esa brillantez y viveza de tonos que distingue á la escuela andaluza.

Domiciliado en Roma, forma parte de esa pléyade de artistas que en la Ciudad Eterna honran á España con sus obras que, como las del pintor andaluz, son estimadas por los aficionados de todos los países.

En este cuadro, que es una de sus más bellas composiciones, manifiéstanse, no sólo las cualidades artísticas del Sr. Gallegos, sino también el grato recuerdo que tributa á nuestra patria, ya que tanto en las figuras como en los pormenores de *En el coro* se hallan reproducidos tipos españoles y obras que admiramos en nuestros tiempos.

Reliquia de la armada española «Invencible.» – Hace poco más de nueve años que un incendio destruyó algunos edificios de la ciudad inglesa de Hull: removiendo los escombros encontróse en un subterráneo la caja de caudales que reproducimos y que se supone fué allí llevada por alguno de los barcos que contra la escuadra organizada por Felipe II envió Inglaterra. El hiero bruñido del fondo de la tapa representa dos sirenas: la caja es de hierro macizo y tiene veinticuatro pulgadas y media de largo, catorce y media de alto y quince de ancho.

HIERBA BUENA

NOVELA POR BRET HARTE. — ILUSTRACIONES DE FORESTIER Y MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

—¿Ha conseguido usted averiguar esto por sí misma?, preguntó después de una pausa.

—Sí, contestó Hierba; una de mis amigas del convento, Pepita Castro, me lo ha referido, pues conoce toda la historia de los Argüelles.

—¿Y por qué no ha dicho usted nada de esto al coronel Pendleton.

—Porque no habiéndome hablado él sobre el particular, he preferido yo también guardar el secreto hasta que se me declare mayor de edad.

Sí, pensó Pablo, hasta el día en que el coronel Pendleton y algún otro de los curadores no tengan derecho para decir nada. Evidentemente, Hierba se confiaba á él; pero fascinado por su audacia, preguntábase si debería regocijarse de ello ó llevarlo á mal. La joven no le dejó tiempo suficiente para reflexionar más.

—¿Qué le parece á usted todo esto?, preguntó.

—A mi modo de ver, repuso Pablo con ese acento de sinceridad que en él era tan simpático, la explicación es tan natural y obvia, que solamente me extraña que no se haya pensado en ella antes

—No sé por qué, dijo la joven, sonriendo con dulzura, comienzo á creer que, en efecto, ignoraba usted lo que acabo de revelarle

Acosado así por Hierba, que evidentemente deseaba indagar si él conocía algún otro detalle, Pablo no supo qué responder al pronto; y sus vacilaciones eran propias de un hombre prudente; mas al fin, la simpatía que le inspiraba su interlocutora se antepuso á todo.

—Me acuerdo vagamente, dijo, frunciendo las cejas, de una señora alta y morena, que llevaba el rostro cubierto con un tupido velo, y por cierto que me llamó la atención el respeto, casi supersticioso, con que el corregidor Hammersley y su amigo el coronel la trataban, sobre todo al acompañarla hasta la puerta después de terminada la entrevista...

Pablo se interrumpió para mirar fijamente á la joven, que había palidecido y sin duda estaba poseída de una profunda emoción. Por un momento arrepintióse de haber evocado el recuerdo de su madre; pero en rigor, ¿qué mal había en ello?

—Usted habla de un secreto, añadió. Lo único que tengo presente es que el difunto corregidor me recomendó mucho olvidar cuanto había visto y oído Poco imaginaba yo entonces hasta qué punto quedaría cumplido su deseo. Debe usted recordar, señorita, como ya lo hizo la superiora, que en aquel tiempo yo era muy joven, casi un niño; faltábame la experiencia de las cosas de la vida; y por otra parte, érame preciso hacer carrera. Yo era completamente desconocido y no tenía amigo alguno cuando abandoné San Francisco para ir á las minas, precisamente en la época en que usted entraba en el convento bajo el nombre que ahora lleva.

La joven se sonrió é hizo un movimiento como para acercarse á su interlocutor, impulsada acaso por un sentimiento de compañerismo ó de fraternidad, como el que experimentan á veces las jóvenes en sus relaciones de amistad con el sexo masculino; pero se contuvo y levantóse, sacudiendo su falda, sobre la cual había deshojado maquinalmente una linda flor.

—¿Conque tan pronto se va usted?, preguntó ¿Será acaso esta su primera y última visita como guardián mío?

—Nadie podría sentirlo tanto como yo, contestó Pablo, mirando á la joven con indefinible expresión.

—Yo creo, replicó Hierba con seductora coquetería no exenta de cierta gravedad, que usted ha perdido mucho tiempo, y tal vez yo también, pues en estos últimos años hubiéramos podido ser buenos amigos; pero en fin, ya pasó.

—Yo espero, replicó Pablo, sin sonreir esta vez, que la señorita Argüelles no recordará mi descuido con la señorita Hierba Buena.

—¡Ah! Tal vez sea una persona muy diferente.

—Confío en que no; lo sentiría mucho, replicó Pablo con expresión inquieta; pero ¿en qué había de cambiar?

—Solamente en que ya no estaría tal vez dispuesta á recibir ciertos cumplidos.

—¿Ni siquiera de su guardián?

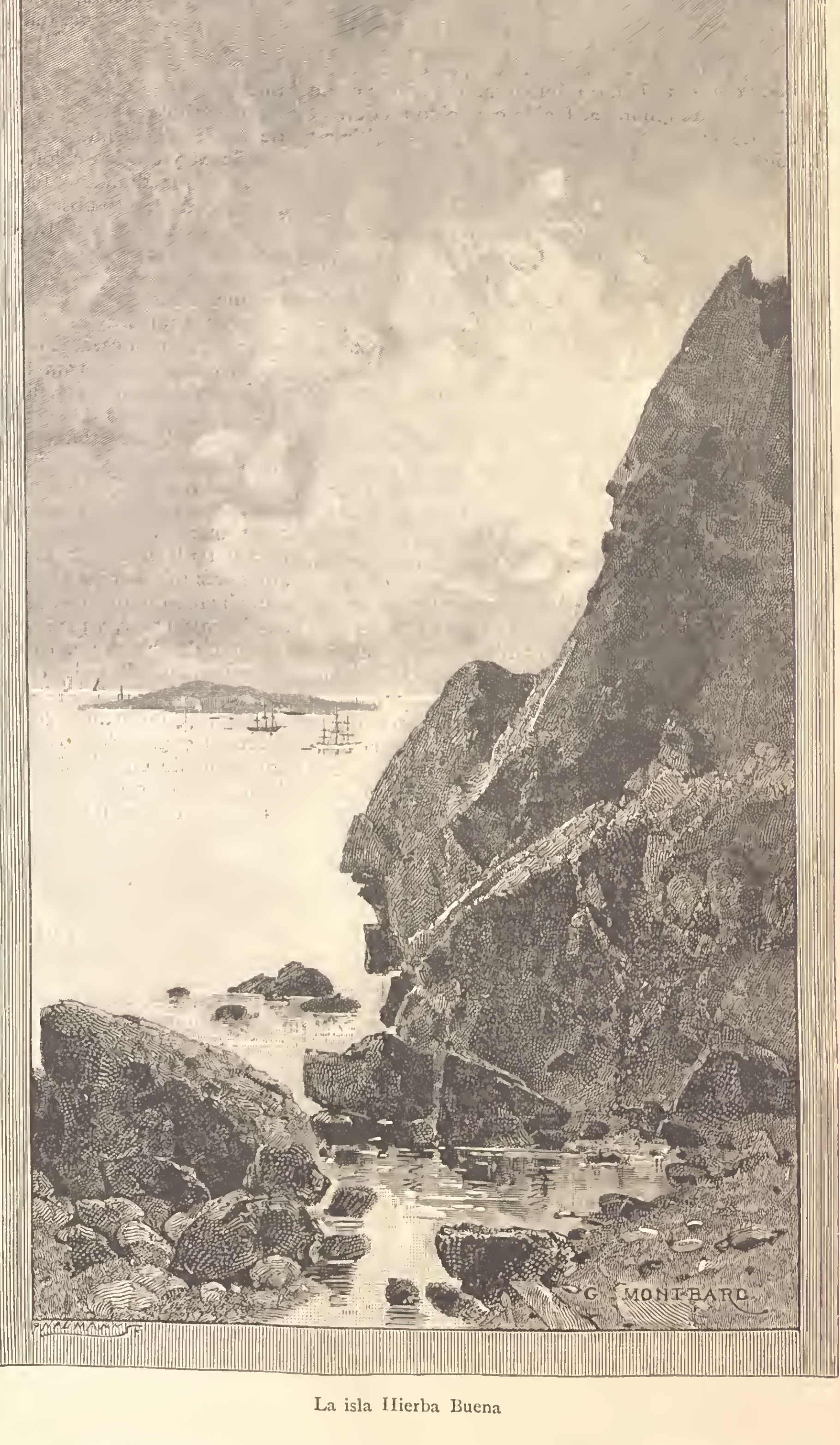
—¡Oh! Ya no tendré ninguno.

Al decir esto, la joven volvió á sentarse, apoyó sobre una rodilla sus manos cruzadas, y mirando á su interlocutor fijamente añadió:

—Ahora ya ve usted lo que ha perdido.

—Sí, comprendo, repuso Pablo.

—No todo, continuó Hierba. Yo no tenía hermano alguno ni amigo; usted hubiera podido ser ambas cosas, guiándome á su antojo y atendiendo á mi educación, que no debía ser muy brillante con las maestras que ahora tengo. ¡Cuántas cosas he deseado saber que no pudieron enseñarme, y en cuántas ocasiones necesité consejo de alguna persona digna de mi confianza! El coronel Pendleton fué muy bondadoso para mí cuando vino á verme; siempre me trataba como una princesa, y su proceder fué lo que me hizo pensar que conocía á mi familia. Sin embargo, jamás osé dirigirle la menor pregunta sobre este particular, y á pesar de su caballeroso respeto, creo que nunca comprendió cuánto deseaba yo saberlo. En cuanto á los corregidores que sucesivamente se encargaron de mi tutela, puede usted juzgar por el Sr. Henderson. Extraño es que yo no me haya escapado ó hecho algún disparate. ¿No se arrepiente usted ahora un poco de su abandono?



La isla Hierba Buena

Su voz, que cambiaba de entonación tan á menudo como sus ademanes, era en aquel momento cariñosa; pero como todas las personas de su sexo en semejantes ocasiones, Hierba estaba más atenta á lo que pasaba á su alrededor que á su compañero, pues sin darle tiempo para contestar añadió:

—¡Ah! Ya veo una diputación que viene en busca de usted, caballero Hathaway, y es forzoso dar por terminada la entrevista, pues no podría usted dar á uno lo que muchos reclaman.

Pablo dirigió una mirada á la florida alameda y vió que la tal diputación se componía del corregidor, el señor Woods, una mujer delgada, de aspecto delicado, que evidentemente era su esposa, y Matilde. Esta última se arregló de modo que pudiera llegar al pabellón la primera; aquí cambió una señal de inteligencia con su amiga y díjole apresuradamente en voz baja:

—No importa que ahora os interrumpamos, pues te advierto que habrá ocasión para que hables más con el joven senador. Mi tía ha prometido enviar una esquela á la madre superiora para que dispense tu ausencia, y ahora procurará persuadir al Sr. Hathaway para que se quede aquí hasta mañana. ¡Ah! Ya vienen, y por ahora no puedo decirte más.

Verdaderamente, la señora Woods, mujer de excelente educación, llevaba muy á mal que una persona tan distinguida como el joven senador no hiciera uso de su casa más que para celebrar una entrevista con la heredera, sin aceptar su hospitalidad. A sus instancias para que Pablo se quedara unió las suyas el señor Woods, acentuándolas con más energía, y lo mismo hizo el corregidor, quien dijo que las señoras considerarían tal vez como un desaire aquella visita tan corta.

—Después de comer, caballero Hathaway, concluyó la señora Woods, tal vez vengan algunos de nuestros vecinos, que se alegrarán sin duda de tener una ocasión de estrechar á usted la mano; pero esta reunión será franca y cordial, sin la menor etiqueta.

Pablo miró á su alrededor con la esperanza de ver á Hierba: en realidad no había motivo alguno para no aceptar; ni siquiera se le había ocurrido que pudieran hacerle semejante invitación; pero si se quedaba, le habría complacido que Hierba supiese que lo hacía principalmente en su obsequio. Sin embargo, la heredera, entretenida con Matilde, no se fijaba al parecer en la conversación ni en lo que se

hacía á su alrededor. Pablo aceptó, no obstante, aunque con alguna vacilación, y penetrado de que daba singular importancia á un hecho muy trivial en sí.

La necesidad en que se vió de ofrecer el brazo á la señora Woods para recorrer más detenidamente el extenso jardín, distrájole momentáneamente de las reflexiones que le había sugerido su entrevista con la heredera. Durante el paseo la señora Woods refirió á Pablo minuciosamente algunos detalles que éste ignoraba. Había conocido á Hierba á causa de la amistad contraída entre esta última y Matilde en el colegio; y en cuanto lo permitían las reglas del convento, siempre había tenido la mayor satisfacción en ofrecerle su hospitalidad En su concepto era una hermosa joven, de noble carácter, y debía lamentarse que no hubiera conocido nunca el cuidado de una madre y que la rutina de un colegio hubiese usurpado la dulce influencia del hogar doméstico. Creía también que el continuo cambio de tutores había dejado á la joven prácticamente sin ningún amigo que la aconsejara y en quien pudiese depositar su confianza, como no fuera con el coronel Pendleton. No dudaba que éste podía ser un buen amigo y compañero para los hombres; pero dada su reputación y sus costumbres, no era la persona más propia para una señorita. El señor Woods no habría permitido nunca á Matilde invitar á Hierba á que visitase su casa si el coronel Pendleton hubiese debido acompañarla. La heredera, por supuesto, no podía elegir el guardián más conveniente, pero el señor Woods tenía el derecho de aceptar ó no para su sobrina la compañía de Hierba. Por más que Pablo, añadió la dama, fuese íntimo amigo del coronel, debía admitir que, después de haber dado éste un ruidoso escándalo, batiéndose por una mujer vulgar y defendiéndola ante una reunión de caballeros, debía relegársele exclusivamente á cierta clase de sociedad. Era una lástima, como la señora Woods y su esposo lo habían reconocido más de una vez, que el señor Hathaway no se hubiese constituído en guardián único de la heredera, como amigo y consejero y hasta como hermano.

– Creo también, continuó la señora Woods, que Hierba se ha preocupado tontamente sobre el ridículo misterio de su parentesco, como si éste debiera influir en una joven que posee la cuarta parte de un millón y tal herencia no demostrara de la manera más concluyente que era algo en la sociedad.

– Ciertamente, señora, contestó Pablo; soy del mismo parecer.

– Sin contar que todo se hará público cuando Hierba llegue á su mayoría. Supongo que usted sabe si aún vive alguno de sus parientes...

– Aseguro á usted que no, interrumpió Pablo.

– Espero que me dispense, repuso la señora Woods con una sonrisa; olvidaba que se trata de un secreto y debe serlo hasta que llegue la hora de revelarle. ¡Ah! Ya hemos llegado á la casa, y ahora recuerdo que las niñas han ido á ver á nuestra vecina. Tal vez deseará usted estar un rato solo antes de vestirse para comer; supongo que ya le han traído la maleta del hotel y que la encontrará en su cuarto. Sin duda le fatiga ver tanta gente... Hasta luego.

Pablo aceptó con gusto aquella excusa, porque deseaba, efectivamente, estar solo; y dando gracias á la dama, siguió al criado que debía conducirle á su habitación. Hallábase ésta en el piso principal, y aunque no muy grande, estaba amueblada con lujo. Pablo se dejó caer en un cómodo sillón que vió junto á la ventana, en cuyo marco una planta de jazmín, extendiéndose de un lado á otro, llenaba la estancia de embriagador perfume, tan sutil y penetrante, que el joven senador, poseído del irresistible deseo de entregarse á sus meditaciones sin que nada perturbase sus sentidos, levantóse, cerró la ventana y volvió á sentarse.

¿Qué hacía allí, y qué significaba todo aquello? Había ido para llenar un deber del pasado y complacer á un antiguo amigo; á esto se reducía su misión, y ya estaba cumplida; pero incidentalmente acababa de saber una cosa que podía ser importante para el coronel, y su deber era comunicársela. Si el hecho necesitaba confirmación, no la encontraría seguramente permaneciendo allí. Por otra parte, el coronel Pendleton se inquietaba en vano ante la posibilidad de que se descubriese el parentesco de Hierba y sobre lo que esto podría influir en la suerte de la joven; mientras que ésta había imaginado una explicación satisfactoria proponiendo una solución que evitaría enojos y apreciaciones gratuitas en lo sucesivo. Lo mejor sería dar cuenta al coronel de los detalles de su entrevista para que él lo juzgase, y averiguar si la joven sabía ya toda la verdad ó había sido engañada. Hecho esto, volvería á Sacramento para ocuparse de sus propios asuntos. No perdía gran cosa con la dilación que le ocasionaba la señora Woods; pero podía haberlo despachado todo hacía una hora.

Pablo se levantó, abrió de nuevo la ventana, y otra vez el penetrante perfume del jazmín se difundió por el aposento, pero mezclado ahora con el más suave de la rosa, que producía el efecto de un dulce estimulante aromático. En los alrededores del jardín proyectábanse las sombras de invisibles álamos; un rayo de sol penetraba á través del follaje de los árboles y reflejóse un instante en un grupo de nardos, haciendo resaltar los blancos cálices de las flores y el vivo color verde del césped; después iluminó una diminuta fuente, haciendo brillar sus aguas, y de pronto obscurecióse como si algo hubiese interceptado la luz. En el mismo instante Pablo dejó de ver la fuente, y ya trataba de explicarse aquel fenómeno, cuando divisó dos vestidos de mujer, uno blanco y otro amarillo, que ondulaban ligeramente. Eran los de Hierba y Matilde; las dos jóvenes volvían á casa; mas Pablo no quiso interrumpir sus reflexiones para observarlas, pensando sin duda que después vería á la heredera y que entretanto podría trazar su línea de conducta.

Pero Pablo no había tenido en cuenta la voz de su pupila, si tal podía llamarse, que siempre musical y de suave entonación resonó en aquel momento á sus oídos más dulce que nunca y más alegre al parecer que antes. Decididamente Hierba era muy feliz ó tenía poca reflexión; veíala correr con su amiga como una niña juguetona; las dos jóvenes se aproximaban rápidamente á la casa; después oyó sus ligeros pasos, y parecióle que Hierba y Matilde trataban de ahogar una carcajada.

Seguramente Hierba era una niña, y en tal caso habíala juzgado muy mal. ¿Sería pura imaginación de una joven romántica lo que él consideraba hasta entonces como cálculo reflexivo y que no era sino un sueño de colegiala? En vez de razonar con ella, de hacerla comprender bien su situación y de procurar interesarla en otras cosas más formales, había contribuído á mantener sus ilusiones; tratábala como si hubiese heredado el carácter mundano de su madre, y como si el conocimiento del mal hubiese penetrado ya en su joven corazón. La consideraba hasta entonces como hija de una aventurera y no como una pupila que apelase á su caballerosidad, movida por su propia ignorancia ó acaso por un sentimiento de vanidad infantil. Estaba juzgando una cuestión del más delicado y conmovedor interés con el egoísmo propio del hombre común y con la perversidad que caracteriza á los humanos. Y al reflexionar esto, la sangre se agolpó á sus mejillas, avergonzado de sí mismo, y alejóse de la ventana cual si hasta en ella viese una censura para él.

Pero ¿debería contentarse con desvanecer las ilusiones de Hierba, sin ir más lejos y sin decirle toda la verdad? ¿No sería mejor ganar desde luego su confianza, puesto que, según recordaba ahora con amargura, Hierba se había quejado de no tener nadie á quien confiarse, y después de revelar la historia de su madre, prometer que guardaría religiosamente el secreto, ayudándola en su plan? Esto no alteraría el estado de cosas sino en cuanto á Hierba se refiriera; entre los dos podrían acordar lo que fuese más conveniente hacer, y él le prestaría su apoyo en cuanto estuviera á su alcance; pero... ¿cómo y en qué forma podría revelarle el secreto? Prescindiendo de la delicada y difícil perífrasis con la cual debería explicar á una inocente colegiala el baldón que había recaído sobre la madre, ¿qué derecho tenía él para decir todo lo que pensaba? ¿Lo haría como tutor que nunca la aconsejó ni protegió? ¿Como amigo de hacía una hora? ¿Quién estaría autorizado para entrar de lleno en las explicaciones necesarias? ¿Un amante, en cuyos labios parecería esto tan sólo un llamamiento tácito á su gratitud ó á sus temores y á quien ninguna joven pundonorosa podría aceptar después? No. ¿Un esposo? ¡Sí! Al llegar á este punto de sus reflexiones, Pablo se estremeció, recordando lo que el coronel le había dicho. ¡Cielos! ¿Habría tenido Pendleton aquella idea? Y sin embargo, no veía otra solución.

Un golpecito á la puerta interrumpió las reflexiones de Pablo. Era la señora Woods, quien le dijo que acababan de traer su maleta, y que había enviado una esquela á la superiora diciéndole que, en vista del poco tiempo que el Sr. Hathaway podía consagrar á su pupila, había juzgado oportuno conservarla á su lado hasta después de comer, y á fin de que pudieran aprovechar el tiempo, añadió que había dispuesto colocar en la mesa al tutor y á la pupila uno al lado del otro.

Pablo dió las gracias con una sonrisa, pensando que así tendría suficiente tiempo para explicarse de una vez con la heredera, aunque temía que, atendido su carácter algo altivo, podría resentir su orgullo.

De todos modos, el joven senador comenzó á vestirse lentamente, con singular dejadez, que creyó producida por el embriagador perfume de las flores que penetraba en la estancia en alas de la fresca brisa del jardín. La imagen de Hierba no se apartaba de su pensamiento; parecíale verla aún en el pabellón acariciándose una mejilla con las rosas; y cuando se miró al espejo, no fué su rostro el que creyó ver, sino el de la joven. Después estremecióse, creyendo oir sus ligeros pasos: era ilusión de sus sentidos; mas al fijar su mirada en la mesa tocador, llamóle la atención un vaso que contenía un nardo, en cuyo tallo habían introducido una tarjeta que contenía las siguientes palabras, escritas con lápiz: «De Hierba.» Aquella flor era sin duda para colocarla en el ojal de la levita, y seguramente la habría puesto allí algún criado mientras él estaba asomado á la ventana.

Cuando Pablo bajó, encontró ya reunidas seis ú ocho personas: la señora Woods había convidado á varios de sus vecinos, entre los cuales hallábanse el juez Backer y su esposa; D. César Briones, mejicano, habitante en el inmediato Rancho de los Pájaros, y su hermana doña Ana. Matilde y Hierba no habían llegado aún. D. César, joven de airoso aspecto, parecía notar la ausencia de las jóvenes, pues tenía la mirada constantemente fija en la puerta, mientras que Pablo conversaba con doña Ana, mujer vivaracha y muy coqueta al parecer, á juzgar por sus modales y su manera de expresarse.

Matilde entró de pronto, casi corriendo, y un momento después apareció en el umbral la graciosa figura de Hierba, que Pablo al pronto reconoció apenas.

Es presunción general del hombre creer que siempre se hace superior al efecto que pueden producir los adornos femeniles, y que tanto le agrada una mujer hermosa con el traje más rico como con el más sencillo; pero ninguno de los hombres que allí estaban dejaría de pensar seguramente que Hierba, tal como iba vestida entonces, estaba mucho más seductora que antes y que su nuevo traje realzaba más su belleza. Su vestido de granadina obscuro, adornado con azabaches, hacía resaltar mejor sus graciosas formas y aparecer más alta; no se había engalanado con ricas joyas, y solamente llevaba un collar de perlas, tan ceñido al cuello, que éstas parecían engarzadas en el cutis. Pablo ignoraba que aquel collar era regalo de la madre á la hija á quien había abandonado tan misteriosamente, y durante un momento parecióle que el traje de Hierba era más propio de una persona que viste luto. Algunas flores blancas prendidas sobre el pecho, compañeras de la que él llevaba en el ojal, completaban el adorno de Hierba.

Las miradas de los dos jóvenes se cruzaron durante un momento; la de Pablo expresaba el asombro, y la de Hierba la candidez; pero en el mismo instante generalizóse la conversación; mientras que don César ofrecía sus cumplidos á la heredera.

– Paréceme, dijo Pablo á doña Ana, que el hermano de usted es admirador de mi pupila.

– Así lo creo. ¿No le sucede á usted lo mismo?

– ¡Oh!, repuso Pablo sonriendo, yo soy hasta cierto punto su tutor, y en mí todo se reduce á egoísmo.

– ¡Ah!, replicó doña Ana, pues en tal caso ejercerá usted sin duda influencia en esa encantadora joven, y para sus adentros pensó en la conveniencia de decírselo á su hermano para que estuviese alerta.

La precaución parecía necesaria, pues poco después, á una señal de la señora Woods, Pablo ofreció el brazo á Hierba. El joven mejicano fijó entonces una mirada de envidia, casi de cólera, en el que tal vez consideraba como rival.

– Doy gracias á usted, dijo Pablo á la joven, mirando las flores con que iba enlaganada, por haberme permitido usar sus colores, y creo merecerlo, pues si por usted no fuera, ya estaría en camino de San Francisco. ¿Tendré oportunidad de hablar con usted algunos momentos después de la comida?, añadió en voz más baja.

– ¿Por qué no ahora?, repuso Hierba. Creo que para eso le han señalado asiento junto á mí.

– Mas no para tratar de nuestros propios asuntos, es decir, de lo que yo llamaría asuntos de *familia*, contestó Pablo, mirando á la joven con bondad, si bien creo que D. César se alegraría mucho de saber que no se trataba de otra cosa.

– ¿Y cree usted que su hermana participaría de tal satisfacción?, replicó Hierba. Debo advertirle, Sr. Hathaway, que está usted justificando las dudas de la reverenda superiora acerca de sus respetables pretensiones. Todos nos observan en este momento.

Pablo paseó maquinalmente su mirada alrededor de la mesa, y pudo cerciorarse de que, en efecto, estaba llamando la atención de los demás.

Bien fuera por oculta simpatía, ó por esa tendencia humana á admirar todo cuanto es simétrico, ó á dos jóvenes que se aman inocentemente, la verdad es que todos fijaban su atención en Hierba y Pablo; pero este último halló muy pronto medio de distraerla, gracias á su facilidad en la palabra. Entonces pudo reconocer también que no solamente la joven había recibido una esmerada educación, sino que poseía conocimientos muy superiores á los que se adquieren por la rutina de un colegio. Trataba todos los asuntos con el mayor despejo, y emitía acertadas opiniones con una facilidad que muchos hombres habrían envidiado. Como por un convenio tácito, que tenía el encanto de la mutua confianza, el joven senador y Hierba parecían esforzarse más en distraer á los convidados con su conversación que en hablar para sí; y cuando Pablo decía alguna cosa á doña Ana, escuchaba al parecer con gusto á Hierba, que hablaba en español con D. César. Sin embargo, muy pronto se inquietó al notar que el asunto de su diálogo versaba sobre las antiguas familias españolas y la primera ocupación del país por las mismas. Era muy posible que la heredera manifestase sobre este punto una ignorancia perjudicial para ella después, ó bien que hiciera evocar algún recuerdo genealógico susceptible de dar al traste con sus ilusiones ó deshacer de un soplo sus castillos en el aire. ¿Se propondría acaso tan sólo tomar informes? De todos modos, admiraba la habilidad con que Hierba, sin manifestar deseos de averiguar cosa alguna, lograba que don César fuese sumamente comunicativo. Sin embargo, estaba como sobre espinas, pues imaginábase ya ser cómplice en la impostura de Hierba. De pronto echó de ver que doña Ana le miraba fijamente, y ya iba á dirigirle la palabra para evitar torcidas interpretaciones, cuando se oyó la voz del juez Backer, que llamaba á Hierba desde el otro lado de la mesa. Por uno de los incidentes peculiares de la conversación general, una pregunta, insignificante al parecer, llamó la atención de todos.

– Estábamos admirando el collar de usted, señorita, dijo el juez Backer.

Las miradas de los comensales se fijaron al punto, como era natural, en la hermosa joven.

Hierba se llevó la mano al cuello, sonriendo dulcemente.

– Usted se chancea, caballero, contestó. Bien sé que este collar es ridículamente pequeño; pero debo advertirle que se compró cuando yo era niña, y que lo uso porque fué regalo de mi madre.

Pablo se estremeció; era la primera vez que oía á la joven hablar de su madre, y durante un momento se le representó la imagen de esta última, recordando el día en que la vió ocho años antes.

– Ya te dije que no podía ser de otro modo, dijo la señora de Backer á su esposo.

Todos fijaron una mirada interrogadora en la dama, que al punto añadió para explicar el sentido de sus palabras:



Hierba, penetrando en el pabellón, sentóse en un rústico banco y comenzó á leer la carta (pág. 59)

– Pedro cree haber visto ese collar en otro tiempo, y como todos los hombres, es muy obstinado cuando se empeña en alguna cosa.

– Dispense usted, señorita, dijo el juez con dulzura; pero si no tiene en ello inconveniente, le rogaría que me permitiese ver ese collar.

– Con mucho gusto, repuso Hierba sonriendo, mientras retiraba el adorno de su cuello. Sin duda le parecerá á usted antiguo.

– Precisamente es lo que yo quisiera, repuso el juez, fijando en su esposa una mirada triunfante. Hace ya ocho años que vi este collar en la joyería de Tucker, y quise comprarle para mi niña; pero como el precio era muy subido, vacilé, y cuando al fin resolví obtenerle, ya le habían vendido á otro parroquiano. Sí, añadió, mirando el collar por última vez; estoy seguro de que es el mismo y recuerdo muy bien que era el único en su clase. ¡Qué cosa tan extraña!

Todos los presentes lo juzgaron así también, aunque sin dar importancia á un hecho que les parecía demasiado trivial; pero D. César quiso decir algo más.

– No tengo el gusto de conocer á la hija de usted, Sr. Backer, dijo Pablo; pero si no lo lleva á mal, emitiré mi opinión, y es que esta joya, en el cuello de la señorita Hierba, no ha perdido su valor y realza mucho su belleza.

– La verdad es, amigo Backer, dijo Woods, que usted pecó de calmoso, dando lugar con sus vacilaciones á que otro comprase la joya. No se ha de pensar tanto cuando se desea una cosa.

– ¿Y no supo usted nunca quién había sido su afortunado rival, señor Backer?, preguntó doña Ana, mirando al mismo tiempo á Pablo, que estaba muy pálido.

– No, contestó el juez; pero...

De pronto se interrumpió, como si vacilase sobre lo que iba á decir, y con forzada sonrisa añadió al fin:

– No; mis recuerdos se han confundido, pues me refiero á una fecha algo lejana. No conocí al comprador, ó por lo menos no le tengo ahora presente; pero sí me acuerdo muy bien del collar, y puedo asegurar que es este mismo.

Así diciendo, el juez devolvió la joya á Hierba, inclinándose cortésmente.

Durante este diálogo, Pablo no había osado mirar á la joven temiendo verla confusa por la atención que en ella fijaban todos; mas cuando al fin se atrevió á ello, y al observar la tranquila expresión de sus ojos, que fijaban en él una mirada de reproche, como censurando su singular frialdad, sintióse poseído de una viva inquietud. Y en cinco minutos tomó una determinación irrevocable: persuadido de que sus actuales relaciones con Hierba no podían continuar así, resolvió decírselo todo ó no volver á verla más. No había término medio: la heredera se hallaba en una posición muy falsa, que podía llegar á serlo más, bien por su ignorancia, ó por sus infundadas pretensiones; y en cuanto á él, aunque bastante autorizado en cierto modo para protegerla y salir á su defensa, juzgaba conveniente estarlo más aún.

Hierba, con ese instinto peculiar de las mujeres, había atribuído el silencio de Pablo á un sentimiento de celos por las atenciones que había tenido con D. César, y más de una vez había fijado su mirada en el joven senador, sonriendo dulcemente como para tranquilizarle.

Pablo agradeció sin duda esta deferencia, é inclinándose ligeramente hacia la heredera, díjole en voz baja:

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS INSTITUCIONES SANITARIAS DE PARÍS

LOS ASILOS NOCTURNOS

Entre los servicios públicos de París concernientes á la higiene y asistencia públicas, los hay de instalación reciente que ofrecen manifiesto interés desde el punto de vista sanitario y científico; tales son los asilos nocturnos, las estaciones de desinfección y las de ambulancias.

Ocioso nos parece encarecer la necesidad de los asilos nocturnos en toda ciudad populosa, y la administración pública debe cuidar de ejercer con toda la amplitud debida el derecho que en este punto le corresponde, aunque adoptando las necesarias precauciones para evitar abusos, procurando que la caridad que en esta forma se ejerce sea pasajera, es decir, que permita á un desgraciado, si está sano, salir de un apuro momentáneo.

Tres refugios municipales existen actualmente en París, dos para hombres y uno para mujeres, y hay otros en proyecto. El de mujeres está exclusivamente destinado á las que carecen de trabajo: la estancia máxima es de tres meses, durante los cuales se les da alojamiento, manutención y vestido y se les lava la ropa, pero deben ocuparse en los trabajos de costura, lavado, etc., pudiendo salir por turno para ver si encuentran ocupación.

Los dos asilos para hombres son únicamente para la noche, y los que á ellos se acogen sólo pueden estar allí tres noches consecutivas, no pudiendo volver hasta transcurridos dos meses. Durante todo el día se despachan tarjetas de admisión. Cada uno de estos asilos contiene doscientas camas, pero en realidad da albergue por término medio, á 240 infelices: se compone de la oficina de recepción, salas de limpieza, refectorios, dormitorios y otras salas anexas. La fig. 1 representa la disposición general de uno de estos establecimientos. El refugiado, después de atravesar el patio 1, espera en la habitación 2 y pasa luego al corredor que se extiende á lo largo de la oficina de recepción 3, donde da su nombre, domicilio, profesión y demás datos para justificar su identidad, hecho lo cual, por el corredor 4 llega á la sala de limpieza 7, donde se desnuda (fig. 2), se jabona todo el cuerpo con jabón fenicado ó crecilado y se coloca en un aparato de abluciones de agua caliente. Después de estas operaciones, que los empleados del asilo vigilan cuidadosamente, se pone una camisa, un pantalón y una chaqueta que le facilita el establecimiento, en tanto que sus ropas, que ha de volver á vestirse á la mañana siguiente, son llevadas á la estación de desinfección. Seguidamente se encamina por el corredor 6, y al pasar por delante de la cocina 5 recibe la cena que va á comer en el refectorio 8, en mesas dispuestas como indica la fig. 3; la ración consiste en un litro de sopa de pan y legumbres y la de la mañana en un pedazo de pan de 350 gramos, y la bebida en agua ligeramente adicionada con genciana ó regaliz. Después de comer pasa á uno de los dormitorios 9 (fig. 1), ocupando una de las camas que en hileras de 25 están dispuestas en grandes salas, calentadas en invierno y aireadas en verano. La cama es de hierro y tiene sommier, colchón, almohada, sábanas y manta, todo en perfecto estado de limpieza; el sommier está formado por un cuadro metálico en el que hay tendida una gran cuerda arrollada varias veces de modo que forme un entrelazado en losange, sistema de excelente elasticidad, de fácil limpieza y sumamente barato.

Los departamentos de los guardianes 12, la habitación del director 11, los retretes 10 y los almacenes completan el asilo, en el cual reinan una limpieza absoluta y una dirección minuciosa y en donde todo tiende al logro del objeto para que tales establecimientos se fundaron, á saber: la más amplia asistencia posible á los desheredados de la fortuna.

Fig. 1. Vista general del asilo nocturno municipal del muelle de Valmy y estación de desinfección de la calle de Recoletos, en París.

El asilo del muelle de Valmy, que es el que acabamos de describir, desde el año 1887 á 1892 ha albergado á 125.752 individuos; el de la calle del Chateau-des-Rentiers, en tres años á 50.369, y el de la calle de Bucherie, hoy desaparecido á consecuencia de la apertura de la calle Monge, en tres años y medio á 45.680, ó sea un total de 221.801, cifra que representa 665.403 noches pasadas en estos asilos desde su fundación. Además en 1890 fueron admitidas en los asilos provisionales 181.437 personas.

Recorriendo la lista de profesiones de los asilados, sorprende encontrar en ellas, además de los jornaleros, que constituyen la mayoría, multitud de nombres de personas que han tenido una posición rela-



Fig. 2. Sala de limpieza del refugio nocturno municipal del muelle de Valmy

tivamente desahogada, y de otras, en gran número, que han ejercido profesiones liberales más ó menos lucrativas. La población que frecuenta estos establecimientos es generalmente obrera; los criminales y los vagabundos suelen huir de ellos: la inmensa mayoría de acogidos son realmente gente necesitada y muchos no permanecen allí ni siquiera las tres noches á que tienen derecho, y pueden, gracias á este socorro, recobrar la fuerza necesaria para obtener trabajo ó recoger recursos con que volver á su país. En el año 1890 hubo en el asilo del muelle de Valmy 1.163 repatriaciones.

Una de las particularidades que llaman la atención al que visita estos asilos es el gran número de cartas que cubren las vitrinas de la oficina de admisión en espera de su destinatario, que no ha titubeado en dar aquella dirección como si se tratara de una fonda. Las personas á quienes estas cartas van destinadas son generalmente desgraciados que llevan ya uno ó dos días de permanencia en el establecimiento y se hacen dirigir á éste las respuestas á sus solicitudes en demanda de trabajo, ó que han abandonado ya el asilo: rara vez se trata de individuos que anticipadamente han previsto el día determinado en que utilizarán la hospitalidad de los asilos.



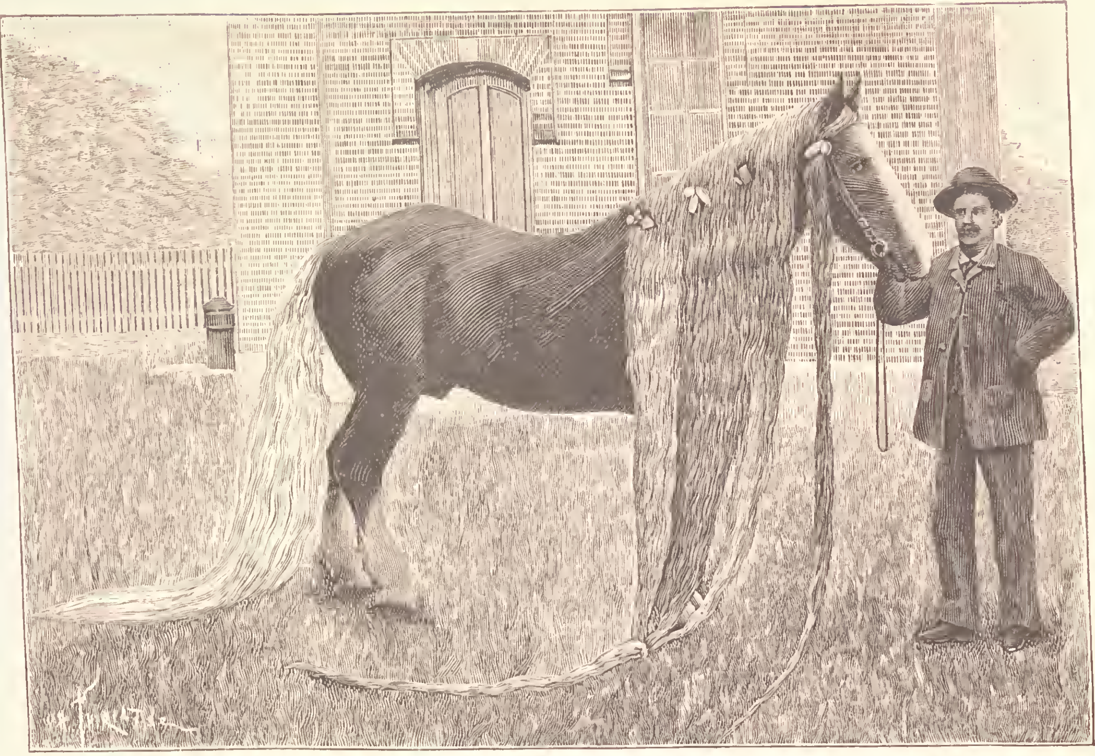
Fig. 3. Refectorio del asilo nocturno municipal.

DR. A. J. MARTIN

(De *La Nature*)

CRECIMIENTO EXTRAORDINARIO DE LA CRIN Y COLA DE UN CABALLO

En el número 372 publicamos el retrato de un individuo cuya barba medía una longitud de dos metros treinta y dos centímetros, viéndose por esta razón obligado á arrollársela al cuello para poder andar. ¡Lástima que el tal sujeto no sea dueño del caballo que hoy reproducimos! ¡Qué efecto produciría aquel hombre barbudo montando este animal! Este caballo, de bellísima figura, es un caballo padre francés, un percherón, de color de avellana, cuenta actualmente ocho años y ha sido criado en el Connecticut, Estados Unidos. La crin y la cola, del mismo color, tienen cinco y cuatro metros de longitud respectivamente. Cuando el animal está de pie y con las crines tendidas ofrece un aspecto imponente que excita la admiración de los inteligentes; y cuando sale á paseo ó permanece en la cuadra, su propietario, que le cuida con gran solicitud, le peina las crines y la cola dividiéndolas en trenzas que se encierran en sacos con el doble objeto de sostener aquéllas recogidas y evitar que se ensucien.



Crecimiento extraordinario de la crin y cola de un caballo percherón criado en Connecticut, Estados Unidos (De una fotografía.)

El sistema de limpieza adoptado por el propietario consiste en lavar las crines y la cola con agua fría pura, sin ningún tónico, y luego secarlas muy cuidadosamente con un paño antes de tejerlas.

En los dos últimos años las crines y la cola han crecido 66 centímetros.

Este fenómeno tiene un precedente, pues, según parece, existe en el Museo de Dresde un caballo disecado que perteneció al elector de Sajonia, Augusto II el Fuerte, más tarde rey de Polonia, y cuyas crin y cola miden respectivamente cuatro y dos metros de longitud.

Dícese que servía de montura al Elector en los días de ceremonia, y entonces su crin y su cola eran sostenidas por algunos pajes.

El que comunica esta noticia al periódico de donde nosotros la tomamos añade: «¡Coincidencia singular! Por lo que yo creo recordar, ya que mis recuerdos datan de larga fecha (de 1847, época en que estuve en Dresde) y por ende no puedo afirmarlo con seguridad, el color del caballo de Augusto II es el mismo que el del percherón americano: era isabelino, algo obscuro y las crines poco claras, blanco-amarillentas.»

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XI — Barcelona 1.º de febrero de 1892 — Núm. 527

UNA OBRA DE MISERICORDIA, *por Godefroy*



1 Una limosna, por Dios, ¡que no he comido... desde la última vez



2 ¡Pobre hombre! Tome este plato de sopa y cómasela ahora que está calentita

(Continúa en la pág. III)

(*Véase en la pág. II*)

UNA OBRA DE MISERICORDIA, *por Godefroy*



3 ¡Valiente bazofia, para ayudar á pasar el aguardiente!



4 Allá vá, ¡que se la coma el demonio!



5 Señora, no digo á usted adiós.....

(*Continúa en la pág. IV*)

(*Véase la pág. III*)

UNA OBRA DE MISERICORDIA, *por Godefroy*



6 sino basta la vista.


7 ¡.........................!


Tipografía LA ACADEMIA Barcelona